

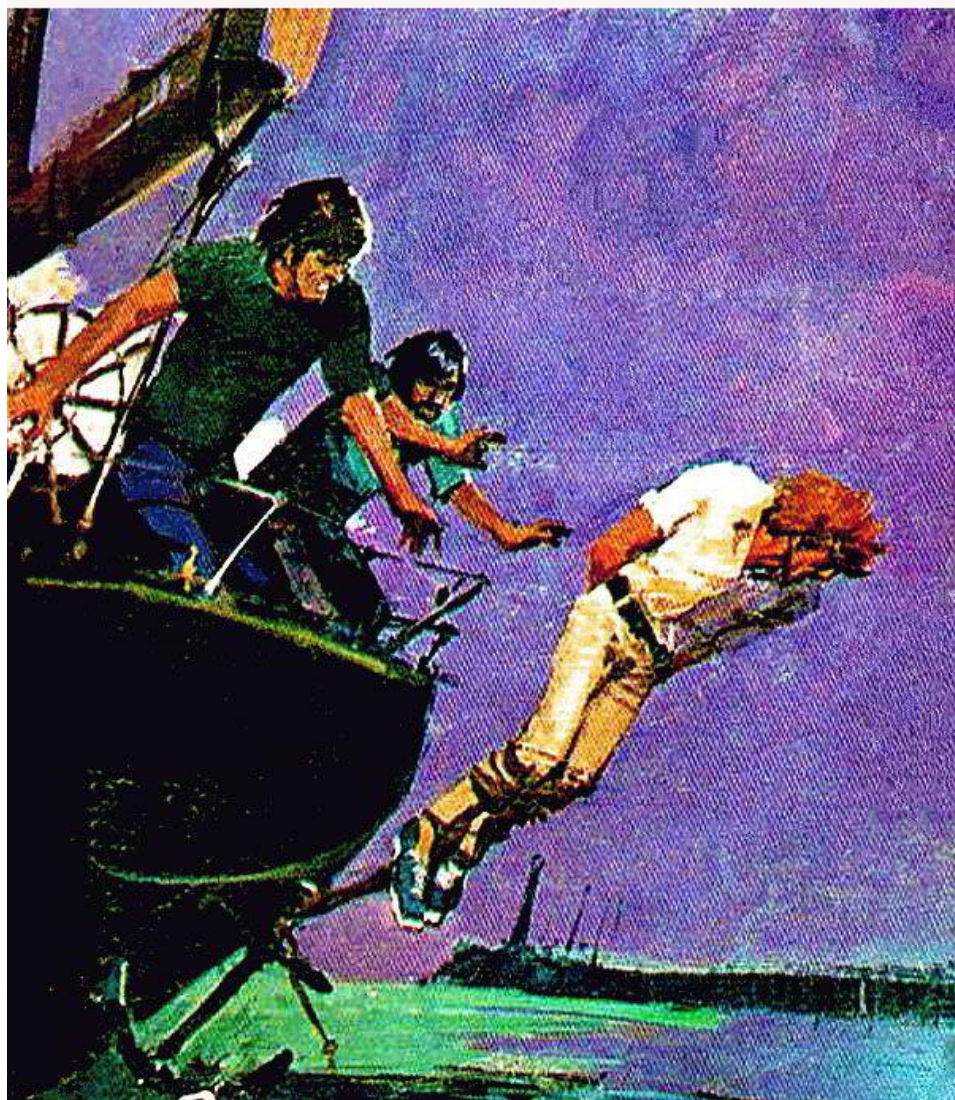
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

ella y sus gorilas

ray lester



George Burker simuló seguir enfrascado en los papeles que tenía sobre la mesa panorámica, a pesar de que escuchó perfectamente que la puerta del despacho se abría y segundos después volvía a cerrarse. Los pasos de la persona recién llegada fueron amortiguados por la afelpada moqueta.

Pasaron unos segundos y la persona tosió discretamente.

Pero George no le hizo el menor caso. Dio una fuerte chupada al habano que sostenía aprisionado entre los dientes y exhaló gran cantidad de humo sin quitárselo de la boca.

Se trataba de un hombre de poderosa anatomía, cabeza grande, unos cincuenta años bien llevados, y se adivinaba una enorme vitalidad física en toda su persona.

—¿Piensa atenderme, señor Burker?



Ray Lester

Ella y sus gorilas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1351

ePub r1.0

Lds 28.09.18

Título original: *Ella y sus gorilas*

Ray Lester, 1976

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

George Burkner simuló seguir enfrascado en los papeles que tenía sobre la mesa panorámica, a pesar de que escuchó perfectamente que la puerta del despacho se abría y segundos después volvía a cerrarse. Los pasos de la persona recién llegada fueron amortiguados por la afelpada moqueta.

Pasaron unos segundos y la persona tosió discretamente.

Pero George no le hizo el menor caso. Dio una fuerte chupada al habano que sostenía aprisionado entre los dientes y exhaló gran cantidad de humo sin quitárselo de la boca.

Se trataba de un hombre de poderosa anatomía, cabeza grande, unos cincuenta años bien llevados, y se adivinaba una enorme vitalidad física en toda su persona.

—¿Piensa atenderme, señor Burkner?

George Burkner levantó la cabeza con rapidez, sorprendido por la mordaz entonación femenina. No pudo evitar pegarle un mordisco al puro y se llenó de tabaco los labios.

Delante de él se encontraba una pelirroja de unos veintisiete años, rostro agraciado y figura ondulante. De ella destacaban enseguida la firmeza de su busto bajo el jersey malva y la musitada vivacidad de sus ojos.

Del hombro le colgaba un pequeño bolso haciendo luego y no parecía impresionada en absoluto por el lujo del despacho.

George Burkner emitió un gruñido.

—El idiota de mi secretario se ha vuelto a equivocar. Cualquiera día me hartaré de él y le daré el «paseo».

La chica señaló uno de los butacones situados ante la mesa.

—¿Puedo tomar asiento, señor Burkner?

George empezó a pegar manotazos a los papeles hasta encontrar

entre ellos una pequeña hoja rectangular. Se la mostró a la chica señalándola con el índice.

—Oiga, linda, no me diga que usted es Haines y que ha venido para hablar de negocios.

La muchacha asintió despacio y tomando asiento sin esperar la conformidad de Burker, dijo:

—Mi nombre es Ella Haines, señor Burker. He venido en efecto para hablarle de un negocio y reconozco que al concertar la entrevista con su secretario omití intencionadamente mi sexo. Por aquello de la discriminación, ¿sabe?

George Burker volvió a gruñir.

—Conque de negocios, ¿eh?

—Eso es.

—Una mujer como usted no tiene derecho a malgastar el tiempo hablando de negocios, Linda.

La pelirroja sonrió abiertamente.

—Usted me mira con buenos ojos, señor Burker.

—No tengo otros. —Burker se puso repentinamente serio y masculló—: Oiga, encanto, no tengo mucho tiempo que perder. Deje su dirección a mi secretario y ya la llamaré cualquier día de éstos.

Ella Haines no se movió del sillón.

—Todavía no me escuchó, señor Burker.

—Pero la veo, ¿no?

Ella compuso un mohín de disgusto.

—Creo que me está confundiendo, señor Burker. Me hablaron que era usted un hombre brusco y de áspero carácter.

—Y no obstante vino a verme, ¿eh?

—¿Quiere echar un vistazo a mi credencial, señor Burker?

La chica tendió al hombre un carnet que sacó del bolso y George posó la mirada en él. Luego la levantó posándola con mayor atención en el rostro femenino.

—Conque una fisgona.

—Hay personas que tienen el mal gusto de llamar así a los detectives privados, señor Burker —afirmó la pelirroja—. A usted puedo considerarlo cualquier cosa menos una persona carente de gusto.

—Oiga, fisgo..., quiero decir, pelirroja. Tengo la piel de un cocodrilo viejo y los halagos me resbalan.

—En ningún momento he pretendido halagarlo, señor Burkner. Ha sacado una conclusión equivocada de mis palabras. Si estoy aquí es para proponerle un negocio y desde luego no me impresiona su fachada de hombre duro. Puede estar seguro de eso.

—De acuerdo —cabeceó Burkner—. Ese lenguaje va más con mi forma de ser. ¿Vamos al grano? Le advierto que dispongo de poco tiempo. ¿De qué desea hablarme ahora?

Ella Haines tardó unos instantes en decir:

—De Tommy.

George Burkner crispó los puños sobre la mesa.

—¿Cómo ha dicho?

—Me ha escuchado perfectamente. He venido para hablarle de su hijo, señor Burkner.

—Ese bastardo...

—Tommy es inocente.

George Burkner le pegó otro mordisco al segundo habano que había encendido y escupió el tabaco en la moqueta dándose manotazos en los labios para limpiarlos.

Cuando terminó entornó los párpados y escrutó el semblante de la pelirroja.

—¿De dónde ha sacado eso, pelirroja?

—Por favor, señor Burkner..., llámeme Haines.

—Estoy esperando una respuesta.

La chica cruzó los dedos de ambas manos depositándolas sobre el regazo y sin apartar la mirada del endurecido semblante de Burkner fue diciendo serenamente lo siguiente:

—Me he pasado un par de días estudiando el expediente de Tommy Burkner y encuentro muchos puntos oscuros en él. Si puedo ponerlos en claro podré demostrar la inocencia de su hijo. Es posible que esté equivocada y nunca pueda probar nada, pero me gustaría intentarlo.

—Cobrando del «papi», ¿eh?

—Usted no ha de pagar ni un dólar si fracaso, señor Burkner. Sólo si puedo probar la inocencia de Tommy le cobraré la minuta. Diez mil dólares.

Hubo una larga pausa y George Burkner soltó un re soplido rompiéndola.

—Escuche, Haines... Tommy es culpable sin lugar a dudas.

¿Supone que me quedaría con los brazos cruzados en caso contrario? Puedo movilizar a media ciudad moviendo un solo dedo. Una llamada telefónica bastaría para poner San Francisco patas arriba.

—Usted no puede hacer eso, señor Burkner.

—¿No?

—Le consta que la policía vigila hasta el menor de sus movimientos. Y lo mismo sucede con sus hombres.

—Está bien informada, ¿eh?

Ella Haines levantó los hombros.

—Es mi oficio. Lo único que puede usted hacer es pagar a los mejores abogados criminalistas del país para que reduzcan al mínimo la condena de Tommy.

George se incorporó bruscamente y empezó a pasear nervioso por el despacho. Encendió un tercer habano y dio una fuerte chupada.

—Ese imbécil de Tommy se dejó pescar con dos kilos de «coca» dentro de su propio coche cuando lo tenía estacionado frente al club Alexandra. Estaba sentado tras el volante y el paquete se hallaba nada menos que en la guantera. Y en lugar de telefonarme o llamar a un abogado, al muy estúpido no se le ocurrió otra cosa que confesarse culpable. ¿Quiere decirme dónde está la inocencia de Tommy?

Las últimas palabras de George Burkner fueron pronunciadas con inusitada rabia.

Ella Haines respondió tranquila:

—Tommy es un muchacho ingenuo, señor Burkner. Tratan de inculparlo en algo que no hizo.

—No diga tonterías.

—Le he dicho que puedo tratar de demostrar su inocencia.

Burkner le apuntó con el habano.

—Deme una sola pista que pueda demostrar que es inocente y le pagaré dos mil dólares ahora mismo, Haines.

—¿Y de qué le serviría? Usted no puede moverse en este caso. Es mejor que me deje actuar a mí..., aunque le cueste diez mil dólares.

George Burkner emitió una carcajada desprovista de alegría.

—Ahora es usted la ingenua, linda. ¿Qué le hace suponer que podrá desenvolverse en el podrido mundo del hampa? ¿Piensa

acaso abrirse camino a golpe de...? —Burker dejó el final de la frase en el aire, pero sus ojos estaban fijos en los senos de la pelirroja—. No podría dar ni un solo paso.

—¿Hace la prueba contratándome, señor Burker? —inquirió tranquila la chica—. De todas formas no arriesga nada, ya que sólo cobraré cuando la policía tenga que soltar a Tommy por falta de pruebas. No hace falta recordarle que la División de Narcóticos está convencida de que el muchacho guarda silencio para protegerlo a usted. Mi antiguo jefe, el teniente Norman Lewis, opina que...

El semblante de Burker se hallaba congestionado.

—¡El chico actuaba por su cuenta!

—¿Intentando emularlo a usted, señor Burker?

Ella había hecho la pregunta en tono suave. George se disponía a responder violentamente, pero lo pensó mejor. Dejó de pasear por la estancia y clavó la mirada en la pelirroja.

—De acuerdo —acabó mascullando—. Tengo que reconocer que les sobran motivos para sospechar. Mi infancia no fue un camino de rosas, ¿sabe? Eché los dientes eludiendo los mordiscos de los otros. Tan pronto tuve la dentadura completa me abrí paso a dentelladas hasta llegar al sitio que ahora ocupo. No me arrepiento de nada aunque detrás de mí he dejado a muchos enemigos que me odian más que a sus propias suegras. La vida me ha demostrado que hay que ser duro para triunfar y ser respetado por eso que los idiotas llaman prójimo. Pero siempre he dejado a Tommy al margen de mis asuntos.

Ella Haines movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Yo le creo en lo tocante a Tommy, señor Burker. Lo que pasa es que yo no soy la policía y dudo que ellos compartan mi opinión.

—¡Que se vayan al cuerno!

—El que se irá al cuerno será Tommy, señor Burker —recordó la chica—. Claro que si usted opina que en la vida hay que ser duro... a lo mejor puede soportar el mal en su propia carne.

George Burker achicó los ojos.

—Trata de jugar conmigo, ¿eh?

—¿Yo? —se sorprendió la detective—. No comparto sus pensamientos respecto a la vida, señor Burker.

Hubo una pausa y George regresó al sillón tras la mesa. Echó una bocanada de humo e inquirió:

—¿Está segura de poder demostrar la inocencia del chico?

—Yo no he dicho eso, señor Burkner —se apresuró a aclarar Ella—. Tan sólo soy la dueña de una agencia privada de investigación que tiene un presentimiento. Puedo asegurarle que trabajaré a tope de mis posibilidades por salvar a Tommy, y... cobrar los diez mil. Tengo grandes esperanzas de conseguir ambas cosas.

Burkner dejó el cigarro en el cenicero y entrelazó las manos haciendo crujir las falanges en actitud pensativa.

—Creo que no ha calibrado bien sus posibilidades, Haines.

—Yo opino que sí.

—¿Sabe cómo se encuentra organizado el hampa de San Francisco? Si anda por ahí haciendo preguntas terminará con un navajazo en el vientre, o un plomo en la nuca. Sería una lástima que una muchacha tan mona como usted acabara de esa forma.

—Oh, eso no ocurrirá, señor Burkner.

—¿Cómo puede estar tan segura? Tendrá que indagar en el mundo de los estupefacientes y a esos señores no les gusta que metan las narices en sus asuntos, aunque sean tan bonitas como la suya. Una mujer sola jamás logrará nada positivo.

—Es que no estoy sola, señor Burkner.

George frunció el ceño.

—¿No?

—Mi agencia tiene en plantilla a cuatro miembros. Yo soy la directora y el cerebro de las investigaciones, pero me respaldan tres chicos. Uno de ellos mi propio hermano.

—Conque cuatro chicos, ¿eh? Gente bisoña que no es aconsejable utilizar en este caso. Son jóvenes, ¿no?

—El mayor es mi hermano Harry. Cumplió el mes pasado los veinticuatro años.

Burkner rió sardónico.

—Ahora no me diga que los otros dos tienen dieciocho o veinte, pelirroja. ¿De verdad espera llegar lejos acompañada de esos chicos en un asunto de drogas?

La detective no se inmutó por la ironía de su oponente.

—Usted no los conoce, señor Burkner. Troy Shannon cuenta veintitrés años y era una firme promesa como «catcher» de béisbol antes de enrolarse en los marines. Lupe Mendoza, que es el más joven, tiene veintiuno.

—¿Lupe Mendoza? —se extrañó Burkner—. Creí que estaba hablando de tres varones.

—Guadalupe Mendoza es chicano, señor Burkner. De padres mexicanos pero nacido en Estados Unidos. Si alguna vez tiene ocasión de hablar con él no se le ocurra llamarlo Lupe. Y si lo hace asegúrese de que su dentista tiene hora disponible.

Burkner chasqueó la lengua.

—No será para tanto, linda —hizo un breve intervalo y agregó—: ¿Tienen experiencia sus chicos?

—Para repartir mamporros se pintan solos.

—No me refería a eso.

—Del resto me encargo yo, señor Burkner. Los tres han pertenecido a los marines.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Saben persuadir sobradamente a la persona que les indique. Cuando... los expulsaron de la infantería de marina se encontraron sin trabajo y recurrieron a mí. Por cara de mi hermanó tuve que contratarlos y desde luego no estoy arrepentida.

George Burkner emitió un suspiro y después de unos instantes dijo cansinamente:

—Muy bien, Haines, puede empezar a trabajar en el caso si lo desea. Pero queda claro que no cobrará ni un centavo si cuando termine Tommy sigue siendo culpable.

Ella Haines sonrió abiertamente.

—No se arrepentirá, señor Burkner.

—Eso espero. ¿Me tendrá al corriente de lo que vaya averiguando?

—No, señor Burkner.

—¿Eh?

—Si lo informo usted tratará de meter baza. Es mejor que se abstenga de hacerlo.

George Burkner rió de oreja a oreja.

—Usted me gusta, linda. Da la impresión de ser una muchacha inofensiva, pero tiene cerebro.

—He de tenerlo en mi profesión. Adiós, señor Burkner.

Sin esperar a que el hombre la acompañara a la puerta, se levantó la pelirroja y abandonó resueltamente el despacho. Minutos después salía del edificio donde se ubicaba la compañía Burkner.

Tan pronto pisó la acera se sintió aferrada del brazo. Una voz masculina espetó:

—Conque jugando sucio, ¿eh, lagarta?

CAPÍTULO II

Ella Haines giró la cabeza sorprendida y sonrió al hombre que la tenía sujeta.

—¡Norman...!

El teniente Norman Lewis, un hombre de unos treinta años, musculoso y de facciones duras, asintió dando una cabezada.

—Exacto, nena; Norman.

—Me has asustado, cariño —rió la muchacha desprendiéndose de la mano del policía—. No deberías andar por ahí sorprendiendo a la gente.

Lewis compuso una mueca de desagrado.

—Te has dado prisa en aprovechar mi información secreta, ¿verdad, preciosa?

—No me dijiste que fuera secreta, Norman.

—¿No? —Enseñó los dientes el teniente—. Anoche te puse al corriente de que habían demasiados puntos oscuros en la conducta de Tommy Burkner. Lo hice en plan confidencial. ¿Y qué es lo primero que haces tú? Yo te lo diré. Vienes a ver a su padre y le propones demostrar la inocencia de su cachorro a cambio de una cantidad elevada. Eso es lo que has hecho exactamente, ¿no, Ella?

—Bueno... Norman, hay que vivir.

—Es una pena, chica.

—¿El qué?

—Eras una buena policía y de pronto te dio por jugar a detective privado. No tienen buen cartel en ninguna parte.

—Eso es en las novelas, cariño.

El teniente Norman Lewis emitió un gruñido.

—¿Por qué no regresas al equipo, Ella? Todos te acogeríamos con los brazos abiertos.

—No, gracias. La verdad es que me cansé de hacer el papel de mujer policía por una miseria. Aspiro a ganar una buena cantidad y hacerme un nombre. Además, ¿qué haría con los muchachos?

—¿Esos granujas que tienes trabajando contigo?

—No deberías hablar así de ellos, Norman.

—Ella, cualquier día los encierro en una celda por vagabundos y alteración del orden público.

—Los odias, ¿eh, Norman?

—Me dan asco, nena —el teniente miró hacia la esquina donde se hallaban tres tipos jóvenes de gran corpulencia—. Échales una mirada. ¿Puedes decirme si existen sujetos con rostros más brutales que los de esos tres fulanos?

—Las apariencias engañan, Norman.

—En este caso, no. A Troy lo echaron del béisbol por patearle la cara a un árbitro.

—Les estaba robando el partido.

—Y el teniente de la infantería de marina al que le rompió la quijada de un batazo, ¿qué le estaba robando? Te aseguro que son basura los tres.

—Creo que exageras, Norman.

—¿Y de tu hermanito qué?

—Es un chico inocente.

—Ya. Sólo que en Barcelona, cuando su navío se encontraba atracado en el puerto, armó tal cisco que tuvo que intervenir el comandante de la flota para que lo dejaran en libertad. Se pasó tres meses en el calabozo. Un angelito, vamos.

—Cometieron una injusticia. Harry me dijo que aquel taxista de Barcelona lo engañó miserablemente.

—¿Qué querías que dijese él?

—Yo lo creo.

—Pues yo no. En cuanto a Lupe Mendoza..., ¿qué te voy a contar? Con las fichas de esos tres gorilas se podría escribir un libro más extenso que la biografía de Al Capone.

La pelirroja movió la cabeza diciendo en tono recriminatorio:

—No te gustan y eso es todo, Norman.

El policía unió en cruz índice y pulgar y depositó un beso en ellos.

—Te lo juro.

—No los comprendes.

—Está bien, nena —resolló impaciente Lewis—. Dejemos eso y vamos a lo que importa. Ahora mismo empiezas a olvidarte de Tommy Burkner.

—No puedo, Norman.

—¿Cómo dices?

—Que legalmente tengo a un cliente y por lo tanto puedo indagar por mi cuenta.

El teniente apretó los maxilares.

—Escucha, cabeza de chorlito. El mundo de los narcóticos es diferente a lo que puedas imaginar. No es igual que seguir a un marido cuya parienta es celosa y desea conocer sus movimientos, o pegarle en los morros a un matón que atemoriza al barrio.

—Lo supongo, Norman.

—Sé lo que estás pensando. Cuando te veas metida hasta el cuello en el fango peligroso, te bastará con silbar a tus gorilas amaestrados para que te saquen.

—Te repito que no deberías hablar así de los chicos, cariño.

—¿Los chicos? —exclamó el teniente—. Los bandidos podrías decir.

—No me gusta que los difames delante de mí, Norman —adujo seria Ella—. Se pueden enturbiar nuestras relaciones.

Norman Lewis le pegó un mordisco al aire.

—¿Qué relaciones?

—Si no recuerdo mal me has pedido en matrimonio varias veces —sonrió insinuante la pelirroja—. ¿Lo has olvidado?

—Lo que no olvido es que no me has dicho que sí.

—Tampoco te he dicho que no, Norman.

El teniente arrugó ceñudo el entrecejo.

—No trates de escabullirte por ahí, encanto —farfulló—. Vas a subir a mi coche y me acompañarás a mi despacho.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento, cariño. Tengo trabajo pendiente.

—Olvidalo.

—No puedo.

—No, ¿eh?

—Pasaré a verte tan pronto disponga de un rato libre.

El teniente la sujetó con fuerza del brazo.

—Tiene que ser ahora, mi amor. No voy a consentir que vengas a verme cada vez que tengas que sacarme algo.

La chica gimió.

—Me haces daño, amor mío.

El teniente indicó con el mentón el «Pontiac» estacionado junto al bordillo.

—Sube, lianta.

Al ver que el teniente Lewis aferraba del brazo a Ella por segunda vez y que la empujaba hacia el coche, los tres jóvenes que aguardaban en la esquina próxima se pusieron en movimiento. Eran verdaderos mastodontes de anchas espaldas y los tres rozaban los dos metros de estatura.

Norman Lewis los dejó acercarse.

Harry Haines, pelirrojo como su hermana y de ojillos pequeños por contraste con el rostro, venía en primer lugar.

—¿Hay problemas con mi hermana, teniente?

Lewis hizo algo que los tres jóvenes no esperaban.

Llevó la diestra a la axila con rapidez y sacó la pistola encañonando a los tres.

El moreno Guadalupe Mendoza boqueó perplejo.

—Infiernos, teniente, casi nos asusta.

—Vamos, angelitos —conminó el policía moviendo la pistola—. Las manos planas sobre el tejadillo del coche y los pies separados. No voy a repetirlo.

Harry chasqueó la lengua.

—¿A qué viene esto, cuñado?

—Vuelve a llamarme cuñado y te vuelo los dientes a culatazos, Harry —amenazó torvo Lewis—. ¿A qué esperáis?

Mendoza y Troy Shannon obedecieron parsimoniosos. Harry Haines, sin embargo, miró tranquilo a su hermana.

—¿Cuándo vais a formalizar el noviazgo, Ella? Siempre te he dicho que conviene estar a bien con la *bofia* a pesar de que sean unos...

El teniente Lewis le clavó el cañón del arma en el costado.

—Otra palabra y te baleo, Harry —masculló colérico.

Ella sonrió sacudiendo la cabeza.

—No encontrarás lo que esperas, Norman —recriminó al teniente—. Te he repetido hasta la saciedad que nunca van

armados.

No obstante, Lewis se aproximó a los tres jóvenes por atrás y los cacheó diestramente de arriba abajo. Cuando se hubo convencido de que no portaban pistolas, autorizó:

—Ya podéis volveros, gorilas.

Troy Shannon, un rabiato de aspecto nórdico que contrastaba enormemente con los rasgos mexicanos y el cabello negrísimo de Mendoza, ladeó los labios en torcida risita irónica.

—Pudo ahorrarse el trabajo preguntando, teniente.

—Habéis tenido chamba una vez más, gorilas —gruñó el policía—. El día que os atrape portando armas de fuego prometo meteros una buena temporada a la sombra.

Algunos curiosos contemplaban la escena a prudencial distancia detenidos en la acera y Ella hizo un gesto de hastío.

—¿Cuándo te cansarás de cachearlos cada vez que se te acercan, cariño? Te hemos dicho infinidad de veces que...

—Sé lo que me habéis dicho —masculló Lewis devolviendo la pistola a la funda—. Sin embargo, no desespero de ponerles las esposas alguna vez a tu gentuza.

La chica atirantó el semblante.

—¿Podemos irnos, Norman?

El teniente ladeó la cabeza mirándola fijo.

—¿Te niegas a venir conmigo..., detective?

—A menos que me lleves detenida...

Norman Lewis giró sobre los talones y se introdujo en el coche farfullando:

—Espero que no me avisen para recoger tus pedazos, sabihonda. Y embaló arrancando de allí a todo gas.

Harry Haines se rascó la nuca.

—Tengo la impresión de que no le caemos bien a tu admirador, hermanita. ¿Cómo lo arreglaremos si llegáis a casaros?

—Te irás a vivir a Nueva York, Harry.

—Para que te vayas fiando de la familia.

El chicano Mendoza quiso saber:

—¿Tenemos cliente, Ella?

—Sí, Mendoza —asintió la pelirroja—. Y vamos a ponemos en movimiento ahora mismo.

Consultó el reloj y añadió:

—A esta hora el club Alexandra estará casi desierto.

CAPÍTULO III

Un camarero con aspecto y corpulencia de estibador del puerto se aproximó a la mesa que habían ocupado los cuatro amigos. Sacudió la cabeza mirándolos.

—No se abre hasta dentro de media hora.

Harry sonrió inocente.

—Mejor.

Troy Shannon intervino guiñando un ojo al camarero.

—Le dije a mis amigos que son ustedes gente amable. No vaya a dejarme ahora en mal lugar, Jim.

—No me llamo Jim.

—Es igual, Jim. ¿Tiene importancia un nombre? Sólo sirve para escribirlo en algunos documentos. Luego cada cual usa el nombre que le da la gana.

El tipo carraspeó dubitativo unos segundos. Luego sacó un trapo y se puso a limpiar la mesa.

—Bueno..., espero que el dueño no me meta bronca por dejarlos esperar aquí. ¿Qué tomarán?

Harry dijo:

—Un poco de información.

—¿Cómo dice?

—Has escuchado a mi compañero, amigo —terció Mendoza—. Sólo necesitamos unos datos para completar el *dossier*.

El camarero frunció el ceño adoptando una actitud hostil.

—Aquí sólo servimos bebidas.

—Hoy haremos una excepción.

—Tendré que llamar al dueño.

Harry cabeceó asintiendo.

—Hazlo, Jim.

El hombre vaciló sin decidirse.

—Si lo hago acudirá con los chimpancés del local, muchachos. No os arriendo las ganancias.

—Ve y avísale, Jim —autorizó Troy Shannon—. Y también puede traerse a Tarzán si lo tiene a mano.

El camarero levantó los hombros y se largó.

Tan sólo habían transcurrido un par de minutos cuando varios fulanos aparecieron al fondo del establecimiento y comenzaron a tomar posiciones en torno a la mesa. Eran unos siete individuos de fuerte complexión, pero los cuatro amigos siguieron tranquilos.

Luego vieron que un tipo de mediana edad vestido impecablemente se acercaba a ellos. A pesar de su correcta indumentaria denotaba desagradablemente la camisa a rayas y la corbata chillona.

Se detuvo junto a la mesa y paseó la mirada por los cuatro.

—El camarero me ha dicho que se han confundido de local, muchacho. Todo seguirá igual saliendo ahora mismo de aquí. Mi nombre es Rich Goldman y soy el propietario.

Troy señaló a su jefa.

—La señorita desea hacerle unas preguntas, Goldman.

—Me parece que no me he expresado con la suficiente claridad.

Ella levantó una mano y curvó los labios sonriendo al tiempo que posaba los bellos ojos en el dueño del Alexandre.

—Lo hemos comprendido a la perfección, señor Goldman. No obstante debo advertirle que no estamos aquí buscando trifulca. Sólo quiero que me responda a unas preguntas relacionadas con Tommy Burkner.

Goldman achicó los ojos para ocultar el brillo repentino que apareció en ellos al escuchar el nombre.

—Se han equivocado de lugar.

—Tommy era un buen cliente de su establecimiento, señor Goldman —aseguró la chica—. Le prometo que los datos que nos facilite no trascenderán.

Rich Goldman apretó los maxilares.

—Será mejor que salgan de aquí antes de que sea tarde, muchachos. No acostumbro a repetir las cosas.

Harry rió divertido.

—Caramba, Goldman, usted y yo somos iguales.

—No me diga.

—Tampoco a mí me gusta andar repitiendo lo mismo. Aquí mi hermana desea hacerle unas simples preguntas.

Troy le apuntó con el índice.

—Y puede contestar de dos maneras, Goldman. Bebiendo amigablemente una copa en nuestra compañía, o tartamudeando mientras escupe sangre por la boca. Le toca decidir.

El propietario del club Alexandra se puso lívido de rabia y sus ojos relampaguearon peligrosamente. Luego logró contenerse a duras penas y emitió una suave risita.

—Ya he decidido, muchacho.

A continuación hizo una señal a sus hombres.

—Barred la basura del local, chicos.

El círculo de grandullones asalariados de Goldman comenzó a cerrarse lentamente en torno a la mesa.

Mendoza guiñó un ojo a Ella.

—Cada uno a lo suyo, ¿eh, jefa?

Y acto seguido se incorporó bruscamente cargando contra los dos fulanos que tenía más cerca, al tiempo que gritaba como un comanche enloquecido. Los estridentes aullidos más que la acción del chicano paralizó a los otros.

Mendoza le pegó un cabezazo a uno en el pecho y cazó al otro de un derechazo al hígado.

El primero retrocedió llevándose mesas y sillas a su paso y se incrustó en la madera de la barra. El segundo sufrió un súbito ataque de hepatitis aguda a juzgar por lo amarillento de su rostro.

Troy se agachó y cogiendo la pata de una mesa la arrancó de cuajo empuñándola con ambas manos. Recordando sus tiempos de infalible bateador, le sacudió a un individuo en la frente.

Éste dio una espectacular voltereta hacia atrás que hubiera hecho empalidecer de envidia a un acróbata. Después del salto mortal a la inversa no quedó para más trotes.

Harry también comenzó a actuar.

Viendo el cariz que tomaban las cosas, llevó Rich Goldman la mano a la parte trasera de la cintura.

Pero se quedó inmóvil viendo el negro orificio de la pistola que empuñaba Ella apuntándole.

—Le aconsejo que tome asiento y olvide los malos pensamientos,

señor Goldman. Deje hacer a los muchachos.

Goldman boqueó falto de aire.

—¿De dónde sacó a esos bestias?

—De la marina.

—Les pasaré un pedido de diez unidades para servir urgente.
¡Los malditos van a destrozarme el local!

—Tan pronto responda a mis preguntas conseguiré pararlos,
señor Goldman. Vamos, tome asiento y discutamos la jugada.

Goldman obedeció como un autómatas.

De pronto ambos tuvieron que agacharse a toda velocidad.

Un tipo puesto en órbita por Harry voló por encima de ellos yendo a estrellarse contra el anaquele de la botellería. Hizo un enorme estropicio consiguiendo un cóctel explosivo de alcohol. Lástima que no se podía beber por los cristales rotos que abundaban en el líquido desparramado.

En eso apareció una pareja de novios en la puerta.

El joven echó una ojeada al local y tiró de la chica de nuevo en dirección a la calle.

—Hoy no me gusta el ambiente, Gladys. Cada vez son más espectaculares los bailes modernos. Vamos a otro sitio.

—Sí, querido. No me atrae tanto movimiento.

Otro de los matones de Goldman recibió un mazazo de Mendoza en lo alto de la cabeza y quedó sentado en el suelo. Dos lágrimas del tamaño de manzanas rodaron por sus mejillas.

Rich Goldman alternó la mirada entre el cañón de la pistola y el semblante de la pelirroja.

Se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué quiere saber?

Ella sonrió aprobativa.

—Eso está mejor, señor Goldman. En primer lugar vamos por las amistades íntimas de Tommy Burkert.

—¿Y qué infiernos le puedo decir yo de eso?

Ella perdió de vista al dueño del Alexandra durante unas fracciones de segundo. Por entre los dos pasó un borrón y al hacer añicos una mesa cercana comprobaron que era un hombre.

—¡Párelos, por lo que más quiera! —gimió Goldman.

—Lo que más quiero en estos momentos es saber el nombre de las amistades de Tommy, señor Goldman —replicó tranquila la

detective—. Sobre todo las femeninas.

—Le he dicho...

—Ya sé lo que me ha dicho, señor Goldman —lo interrumpió con un ademán Ella—. Pero no he nacido ayer, ¿sabe...? Un joven que acude habitualmente a uno de estos tugurios acostumbra a venir acompañado, o frecuenta la amistad de otros clientes. Sólo tiene que decirme los nombres más allegados.

Goldman se pasó la mano por los cabellos en gesto desesperado.

—Viendo cómo hacen añicos mi local no puedo concentrarme.

—¿Promete colaborar si los detengo?

—¡Sí, maldición!

Ella emitió un silbido emulando a un cabrero de las montañas.

Harry y Mendoza no tenían enemigo delante en aquellos instantes y se inmovilizaron de inmediato. Troy por el contrario sostenía del cuello a un fulano y acabó la faena sacudiéndole un sopapo en las narices. El repentinamente chato individuo dio una vuelta en el aire y aterrizó estrepitosamente sobre una mesa de cubiertos.

Se armó un estruendo fenomenal.

Goldman paseó una mirada apenada a su alrededor. Sus matones aparecían desparramados por todas partes y en las más grotescas posturas. Emitió un suspiro prolongado.

—Parece que haya pasado un ciclón, diablos.

—Vamos a lo que interesa, señor Goldman —apremió Ella—. La policía puede llegar en cualquier momento.

—No me caerá esa breva, pelirroja.

Harry le dio unas palmaditas en la nuca.

—No se haga el remolón, hombre.

Goldman se estremeció al sentir la manaza en su cabeza y se mostró totalmente dispuesto a colaborar.

Respondió sin titubeos a cuantas preguntas le formuló Ella, y la chica fue tomando notas en un bloc después de devolver la pistola al interior del bolso.

En un momento dado preguntó la detective:

—¿Y qué me dice de su amiguita de turno?

—¿Sally?

—Ignoro cómo se llama, señor Goldman. Pero estos muchachos despreocupados, de vida alegre, siempre tienen una amiguita a

mano. Eso es lo lógico en ellos.

Goldman se pasó la punta de la lengua por los labios.

—Puedo asegurarle que Sally Leigh es una gran chica a pesar de las apariencias.

—¿Qué apariencias?

Goldman arqueó las cejas.

—¿No lo saben?

—Esperamos que usted nos informe, Goldman —intervino Mendoza.

—Bueno... Sally Leigh trabaja conmigo. En los últimos días la vi acompañando frecuentemente a Tommy. Es una chica mona y sirve de gancho para atraer a los clientes. Sabe mucho de...

La pelirroja levantó la diestra cortándolo.

—Lo comprendemos, señor Goldman. ¿Ha venido ya Sally Leigh?

—No vendrá.

—¿Es su día libre?

—No... Se encuentra enferma desde que detuvieron a Barker. Yo creo que teme verse complicada.

—¿Por qué tenía que verse complicada?

Goldman levantó los hombros.

—El mundo de... las drogas es algo especial. Es natural que Sally tenga miedo —tras una breve pausa, agregó temeroso—: No hablarán a nadie de su fuente de información, ¿verdad?

—No se preocupe, señor Goldman —le sonrió Ella—. Lo único que lamentamos es haberle estropeado el local debido a su terquedad, ¿verdad, muchachos?

Harry, Troy y Mendoza asintieron a la vez.

—Seguro.

—Eso tiene arreglo —suspiró resignado Goldman—. Con subir el vaso de *whisky* medio dólar se soluciona. Lo que no puede arreglarse es perder el cuello. Si ustedes hablan...

—Le he dicho que no se preocupe, señor Goldman.

—En cuanto a los destrozos..., mañana mismo estará todo como nuevo.

Harry sintió curiosidad:

—¿Y cómo se arreglará para abrir esta noche, Goldman?

—No abriré. Pondré como siempre el cartelito de «Cerrado por

defunción del padre del dueño». Como no llegué a conocer a mi padre es posible que una vez u otra resulte cierto.

Ella Haines preguntó:

—¿Dónde vive esa Sally Leigh, señor Goldman?

—¿Piensan visitarla?

—Es posible.

—Comparte un apartamento con otra amiga en el 853 de Reno Avenue. Un edificio para señoritas solteras. No dejarán entrar a los gorilas... —Tosió atragantándose al darse cuenta de que había metido el remo y trató de enmendarlo—: He querido decir que los caballeros no tienen permitida la entrada.

—Entiendo.

Todavía estuvo Ella haciéndole algunas preguntas relacionadas con el mundo de los narcóticos.

Goldman respondió aunque sudaba de verdadero pánico. Cuando salió a relucir el nombre de Danny Cassidy, el propietario del Alexandra se puso blanco como la leche y se negó en redondo a seguir colaborando.

—Pueden matarme o pegarle fuego al local si lo desean, amigos —dijo trémulo—. Pero no conseguirán sacarme una palabra del poderoso señor Cassidy. La visita de Theo Lawce y Morton Turner es peor mil veces que la peste.

Al percatarse de que estaba hablando demasiado se tapó la boca empleando ambas manos.

Ella se incorporó sonriendo.

—Gracias, señor Goldman. Acaba de decimos que Theo Lawce y Morton Turner son los hombres de confianza del intocable Cassidy.

—¡Yo no he dicho nada!

—Hasta la vista, señor Goldman.

—Que sea largo, pelirroja.

Cuando los cuatro amigos cruzaron la sala hacia la salida comenzaron a incorporarse los matones de Goldman. Más de uno se había hecho el dormido.

Ya en la calle dijo Ella:

—Echad un vistazo por si ronda mi admirador, chicos.

Los tres ex marines otearon en todas direcciones.

—Ni rastro del teniente Lewis, hermanita.

—Está bien. Vámonos.

Se metieron los cuatro en el «Ford» modelo familiar y sentándose tras el volante, inquirió Mendoza:

—¿A casa de Sally Leigh, Ella?

—Acertaste a la primera, Mendoza. Para que luego diga Norman que sois unos gorilas sin cerebro.

CAPÍTULO IV

El portero del edificio movió la cabeza en sentido negativo, mostrándose inflexible.

—Usted no puede entrar, amigo.

Troy Shannon alargó el brazo y atrapándolo de la levita de uniforme lo obligó a saltar por encima del mostrador de recepción sin el menor esfuerzo.

—Eso me lo va a decir por escrito.

El tipejo que se creía importante dentro del aparatoso uniforme de botones dorados desmesuró los ojos y se puso a temblar como una hoja sacudida por un vendaval.

—¿Por escrito...?

—Exacto —le espetó Troy—. Le hemos dicho que nuestra hermana se ha fugado de casa y sospechamos que se oculta en uno de estos apartamentos bajo el nombre de Sally Leigh.

Muerto de miedo, hizo una última objeción el portero:

—Podría subir la señorita sola...

—¿Y que nuestra hermana se escape por la escalera de incendios? Usted recibirá la visita de la policía, compadre. A su jefe no le hará ninguna gracia el escándalo que se armará. Ya lo estoy viendo degradándolo, arrancándole los botones a tironazos...

—Está bien —bisbiseó el tipejo tragando saliva—. La chica se aloja en el tercer piso, letra H. Voy a rogarles que sean discretos...

—Tranquilo, hombre —le palmeó la mejilla Troy—. ¿Te he defraudado alguna vez?

—Acabo de conocerlo.

—Por eso.

—Entonces..., ¿cómo me iba a...?

El joven no lo dejó terminar.

—¿Se encuentra sola mi hermana?

—Sí, señor —asintió perplejo el portero—. Su compañera salió a trabajar hará cosa de una hora.

—Perfecto. Ahora voy a pedirte que te quedes aquí y le impidas la huida en caso de que lo intente, ¿me comprendes?

—Sí, señor.

Troy le dio la espalda y acompañado de Ella Haines se dirigió a la entrada del ascensor. Tiraba de la puerta cuando llamó de pronto el portero:

—¡Un momento, señor!

Llegó a la carrera junto a ellos y tendió un destornillador a Shannon, que frunció el ceño.

—¿Esto para qué?

—Si encuentra a alguien que le pregunte dice que ha venido a apretar un poco los grifos para evitar escapes. Para cubrir en parte las apariencias, ¿comprende?

—Los grifos se aprietan con una llave inglesa.

—Las chicas de estos apartamentos no distinguen un destornillador de una llave inglesa. Imagine que un día me preguntó una que si una llave inglesa era un llavín fabricado en Inglaterra.

—Ya.

Ambos se introdujeron en el ascensor sin más dilación y Troy pulsó el botón correspondiente al piso tercero.

Minutos después hacían sonar el carrillón de la puerta marcada con una H. Pasaron unos segundos y luego se abrió una rendija en la puerta asomando por ella un rostro femenino de sofisticada belleza.

—¿Qué desean?

—Hablar un rato contigo, Sally —dijo Troy—. ¿Por qué no nos invitas a pasar?

—No los conozco.

—Mi compañera es Ella Haines y yo me llamo Troy Shannon.

—¿Quién los envía?

—Siempre nos enviamos solos, Sally.

—¿Cómo saben mi nombre?

—Nos lo dijo el bueno de Tommy.

A la mención del nombre observaron Ella y Troy que la chica empalidecía. Quiso cerrar de golpe la puerta, pero se lo impidió el

joven insertando el zapato.

—Venga, Sally, puedo hacer saltar la cadenita.

La mujer no ofreció más resistencia y franqueó la entrada.

Se trataba de una muchacha no mayor de veinticinco años, rubia y de curvas espléndidas. Recubría su sugestivo cuerpo con un batín que se abría hasta algo más arriba de las rodillas.

Miró con cierto temor a Troy y después desvió la vista a Ella. La detective le dedicó una leve sonrisa.

—No hemos venido a plantearte problemas, Sally. Sólo queremos que nos hables un poco de Tommy Burkner.

—¿Qué... desean saber?

—Sois buenos amigos, ¿no?

—Eso fue antes de que lo detuvieran.

La detective lanzó una piedra al aire.

—Cassidy está extremadamente molesto, Sally.

La piedra dio en el blanco a juzgar por la intensa palidez que cubrió la cara de la joven. Sus labios se movieron trémulos unos instantes y dijo con dificultad:

—Juro que no he abierto la boca. Pueden ir y decírselo al señor Cassidy. No quiero acabar con una rociada de vitriolo en la cara. La policía intentó sonsacarme y no lograron nada.

* * *

Sentados en el asiento delantero del «Ford» familiar aguardaban fumando tranquilamente Harry Haines y Guadalupe Mendoza. Hacía más de quince minutos que Ella y Troy penetraran en el edificio.

Harry apoyaba el codo en la abierta ventanilla y de pronto respingó sobresaltado al sentirse sujeto.

La voz del teniente Lewis dijo a su lado:

—Esperando la salida de la luna, ¿eh, gorilas?

—Maldita sea, teniente —refunfuñó Harry malhumorado—. No debe andar por ahí asustando a los ciudadanos. Un amigo mío se quedó de escayola al darle otro chistoso un repullo. Al día siguiente lo enterramos porque le falló el corazón, y todavía estaba blanco.

El teniente Lewis sonrió lobunamente.

—Mentiría si dijese que lamento haberte asustado, Harry.

—No hace falta que lo jure.

El chicano inquirió burlón:

—¿Quiere registrarnos, teniente?

Norman Lewis abrió la portezuela posterior y se introdujo dentro del vehículo antes de que Harry y Mendoza iniciaran siquiera una protesta.

—He venido en son de paz, muchachos.

Haines y Mendoza cambiaron una mirada de extrañeza y dijo cauteloso el segundo:

—Un policía taimado es mucho más peligroso que un policía enfurecido, Harry.

—Me consta, compadrito.

—Nada de recelos, muchachos —rió abiertamente el teniente Lewis—. Sólo deseo haceros un favor.

El hermano de Ella se giró en el asiento.

—Me está dejando frío eso de que no nos llame gorilas, teniente. Diga lo que sea y salga del coche. Da la casualidad de que es una propiedad privada y...

—Deseo nombraros policías provisionales.

Tanto Harry como Mendoza soltaron un respingo.

—Os habéis metido en un feo asunto, muchachos —siguió Lewis—. Estoy enamorado de tu hermana y no quiero verla convertida en chatarra por el clan de Cassidy. Si usáis pistolas os será más sencillo defenderla de los peligros que correrá. Ella es una cabeza dura y no dejará de indagar hasta que se vea metida en un atolladero.

Repuestos ya de la primera sorpresa, replicó Mendoza:

—A otro párvulo con ese caramelo, teniente. Usted quiere darnos pistolas para tener la excusa que necesita y metemos en una celda. Lo ha dicho tantas veces que hemos llegado a creerlo.

—Ahora es distinto, Lupe.

El chicano apretó los maxilares.

—Vuelva a llamarme Lupe y no precisará encontrarme pistola encima para encerrarme, polizante.

—Perdona, chico —pidió Lewis—. Había olvidado que te molestaba ser llamado por tu nombre.

Mendoza miró a Harry.

—¿Cuántos días de cárcel le caen a un tipo que zurra a un poli, Harry?

—A lo sumo quince.

—¿Os podéis pasar dos semanas sin mí?

El teniente Lewis rió ácidamente.

—Ni lo intentes, chicano. Antes de volverte te habría retorcido el cuello como a una gallina. —Hizo un breve silencio y siguió—: Doy mi palabra de honor que obro noblemente. Quiero nombraros agentes provisionales a mis órdenes.

—¿Y eso por qué?

—Ya te lo dije, Harry. No quiero que le ocurra nada grave a tu hermana. O por lo menos pondré el máximo celo para que no le suceda. Si usáis pistolas...

—Nos enchiquerás —cortó Mendoza.

—Podríais defenderos con mayores garantías de éxito.

—Nunca las hemos necesitado.

—Harry, ahora es distinto. Por lo visto no has escuchado hablar de Danny Cassidy.

—¿El que se come crudos a los niños?

—Haces mal en tomarlo a broma.

—¿A qué viene esa repentina vehemencia por protegernos, teniente?

—Vosotros no me interesáis en absoluto, gorilas. La que me preocupa es Ella.

—Ya —cabeceó Harry ceñudo—. A nosotros nos faltan algunas cosillas que tiene mi hermanita, ¿eh, Lewis? Me está resultando un policía picarón, teniente.

—Basta de charla —barbotó Norman Lewis—. ¿Aceptáis ser policías provisionales?

Guadalupe Mendoza sacudió la cabeza en negativa.

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—Me dan ustedes fobia, teniente.

—¿Qué dices tú, Harry?

—Ratifico lo dicho por mi amigo, Lewis.

—De acuerdo, gorilas —masculló apretando los maxilares el policía—. No digáis luego que no os advertí. Pero tened en cuenta algo que os voy a decir. Si le sucede un accidente irreparable a Ella será mejor que os enterréis bajo tierra. Donde os encuentre os lleno el cuerpo de plomo y a continuación me entregaré a mis superiores.

Mendoza canturreó riendo.

—Mensaje recibido, teniente. *Stop*. Lo tendremos en cuenta. *Stop*. Hasta la vista, polizonte. *Stop*.

Norman Lewis saltó de nuevo a la acera y cerró la portezuela con furia musitada.

Harry dijo al chicano:

—Comprueba que no se haya cargado el cristal, compadre.

En aquel instante salieron del edificio situado en frente Ella y Troy Shannon.

Un coche que se hallaba estacionado a unos siete metros del «Ford» familiar arrancó embalado.

El teniente Norman Lewis vislumbró el cañón de una metralleta asomando en la ventanilla posterior. Echando a correr en dirección a la chica, gritó:

—¡Al suelo, Ella!

Pero comprendió que nunca conseguiría llegar a tiempo.

La metralleta comenzó a crepitar llenando de plomo la acera.

CAPÍTULO V

Por fortuna para Ella Haines, Troy tuvo unos reflejos extraordinarios y todavía no acabó de hablar el teniente Lewis cuando ya la había arrojado al suelo lanzándose él también en zambullida.

Las balas silbaron por encima de sus cabezas.

La fachada del edificio fue picoteada y una de las hojas de la puerta de cristales estalló como una granada salpicando de fragmentos toda la acera.

Con una rodilla en tierra efectuó dos disparos Lewis.

Pero el coche con las luces apagadas se hallaba a la distancia suficiente como para no ser alcanzado. Desapareció doblando la primera esquina con un chirrido impresionante de neumáticos.

Ayudada por Troy se incorporó Ella.

Su rostro aparecía cerúleo cuando Norman Lewis llegó a su lado. Al mismo tiempo lo hicieron Harry y Mendoza. El primero comprobó que su hermana se encontraba intacta.

El policía inquirió sardónico:

—¿Sigues teniendo ganas de bromear, cariño? Esos fulanos no te han acertado de pura chamba.

La pelirroja crispó los labios y en sus ojos pudo leer el teniente una firme voluntad.

—Ahora, estoy más decidida que nunca a continuar, Norman. Lo ocurrido demuestra que estamos en el buen camino.

—Para terminar en una tumba, ¿no?

El chicano Mendoza farfulló encolerizado:

—No sea pájaro de mal agüero, teniente. Ha podido comprobar que Troy se bastó para protegerla.

—¿Hasta cuándo podréis hacerlo, gorilas? —increpó furioso

Lewis—. Porque puedo aseguráros que volverán a intentarlo una y otra vez hasta conseguirlo.

Algunos curiosos comenzaron a congregarse en círculo alrededor de ellos y segundos después llegó un coche patrulla de la policía haciendo ulular las sirenas. Dos agentes se abrieron paso entre el gentío.

Reconocieron al teniente Lewis y uno de ellos preguntó:

—¿Qué ha sucedido, teniente?

—Por fortuna, nada importante, Curtis. Hagan circular a los moscones.

El agente llamado Curtis atrapó a Mendoza de un brazo.

—¿No tienes nada que hacer en casa, muchacho?

El chicano rió jocosamente.

—Eh, agente, que yo también estoy en el bocado.

A un ademán de Lewis lo soltó Curtis y entre él y su compañero hicieron alejarse a todos los curiosos. Al quedar solos carraspeó llamando la atención Harry.

—¿Por qué no persiguió al coche de esos canallas en lugar de criticar, Lewis?

El teniente levantó los hombros.

—Hubiera sido inútil —respondió—. Habrían escapado igualmente. ¿Habéis olvidado que vosotros estabais tras el volante de un coche en mejores condiciones que yo?

—Y en caso de alcanzarlos, ¿qué le tirábamos? ¿Piedras?

Mendoza dejó escapar un resoplido.

—Vamos aviados con la protección de la poli, chicos. Ni siquiera intentan cumplir con su obligación.

—Y luego va y nos propone jugar en el mismo equipo —comentó despectivo Harry.

Ella miró atentamente a su hermano.

—Aclara eso, Harry.

—Tu admirador nos ha contado un chiste la mar de gracioso mientras esperábamos, hermanita.

—¿Qué chiste?

—Nos propuso ser policías de quita y pon o algo así. Para darnos una pistola y agarrarnos después con ella encima el muy tunante. Pero lo hemos visto venir.

La detective se giró al teniente y lo envolvió en una mirada

burlona, no exenta de ternura.

—¿Has hecho eso, amor mío?

—Veo que vuelves a ser la de siempre, lianta —rió áspero Lewis —. El atentado no te intimidó.

—No has contestado a mi pregunta.

—Está bien —gruñó el policía—. He querido nombrarlos agentes provisionales a mis órdenes para que puedan usar armas y protegerte mejor. Pero los muy ceporros creen que es una trampa.

Troy intervino por primera vez:

—Podemos hacerlo sin armas, teniente.

—¿Contra Cassidy y su gentuza? Déjame decirte que eres un perfecto imbécil, muchacho.

—Amén.

—Va contra los principios de mis colaboradores, Norman —aseguró la pelirroja—. Lo juraron al ser licenciados de los marines.

—Querrás decir expulsados, ¿no? En otros tiempos los hubieran hecho saltar al agua en alta mar.

—Da igual. El caso es que no desean armas de fuego.

Norman Lewis hizo una indicación hacia el edificio.

—¿Has podido sacarle algo a Sally Leigh?

—Sí y no.

—¿Cómo se come eso, encanto?

—Ella se ha negado en redondo a despegar los labios. Pero sin darse cuenta nos facilitó información.

—¿Qué clase de información?

Ella sonrió abanicando las pestañas.

—¿De verdad te interesa saberlo, cariño?

—Vamos a dejar el juego, ¿eh, Ella? Tu profesión te obliga a colaborar con la policía si no quieres perder la licencia.

La chica continuó en tono bullón:

—Pero cuando se tienen noticias concretas, Norman. Yo sólo dispongo de intuiciones.

—No me vengas con el cuento de siempre.

—Es la verdad, amor mío. ¿Por qué no me llevas a tu despacho y charlamos por el camino?

Lewis entornó los ojos desconfiado.

—¿Quieres venir conmigo?

—Te lo acabo de decir.

—¿Con qué propósito? Seguro que tienes algo metido entre ceja y ceja; Necesitas mi ayuda, ¿eh?

Ella distendió los labios en amplia sonrisa.

—Con tu inteligencia deberías ser ya capitán, Norman.

—Son unos desagradecidos. ¿De qué se trata?

—¿Podemos ir a tu despacho?

Lewis dio una cabezada de conformidad.

—De acuerdo.

Ella se giró mirando a sus tres ayudantes.

—Podéis esperarme en la agencia, muchachos. No os preocupéis por mí. Estoy segura de que Norman me acompañará al regreso.

Harry se resistió a dejarla ir.

—Pero...

—Tranquilo, hermano, nada sucederá.

Ella extrajo el bloc del bolso y escribió una palabra en la primera hoja. La arrancó y entregándola a su hermano, añadió:

—Procurad eludir los líos.

Cuando el teniente y ella se hubieron metido dentro del automóvil del primero, leyó Harry la nota: «Hay que averiguar con cautela el paradero de Danny Cassidy».

Viendo alejarse al vehículo se rascó la pelambreira dubitativo.

—Esta chica no le teme ni al mismo diablo.

Norman Lewis condujo con habilidad por el no demasiado denso tráfico de San Francisco. Habían recorrido un trecho sin silencio y de pronto, inquirió:

—Aproximadamente lo mismo que a vosotros, Norman.

—Entonces...

—Nos tomó a Troy y a mí por gente de Cassidy y eso la hizo temblar de miedo. Le insinué que había hablado más de la cuenta y juró atemorizada que no había dicho nada a nadie.

—Y tú has sacado conclusiones, ¿eh?

—Exacto, Norman. Estoy convencida que esa chica metió a Tommy Burkner en el embrollo sin que el muchacho lo advirtiera. Anoche llevabas razón al decir que existían demasiados puntos oscuros en la confesión hecha por Tommy.

—¿Por qué entonces tuvo que declararse culpable?

Ella levantó los hombros.

—Es posible que crea proteger a su padre.

—¿Y no es así?

—Aseguraría que George Burker es inocente.

El teniente dejó escapar un resoplido.

—Escucha, encanto... En San Francisco operan dos canallas traficantes de drogas y no sabría decirte cuál de ellos es peor. Son Danny Cassidy y George Burker. Conque no me vengas diciendo que Burker es una paloma de la paz.

—Me estaba refiriendo a este caso concreto, Norman. ¿Quieres que te diga una cosa?

—Adelante.

—Creo saber ya por qué se culpa a sí mismo Tommy Burker.

—No me digas... Ésa es la clave del misterio, nena.

—Lo sé.

—Estoy esperando que hables.

Ella movió la cabeza negando.

—Te lo diré cuando lo haya confirmado con Tommy.

Después de un corto silencio, dijo Lewis:

—Imagino saber lo que quieres de mí, pelirroja. Que te deje hablar a solas con el muchacho, ¿no?

—Eso es, Norman. Tú puedes escuchar fuera si lo deseas.

El teniente Lewis detuvo el coche frente a la oficina central de la División de Narcóticos. Se giró parsimonioso en el asiento y escrutó el bello rostro de la chica.

—¿Qué me darás a cambio si accedo?

Ella no apartó la mirada.

—Lo que pidas —susurró entreabriendo los labios.

Lewis la enlazó por la cintura y tirando suavemente de ella la besó fuertemente en la boca. La pelirroja detective demostró correspondiendo plenamente que el policía no le era indiferente.

Al separarse, dijo Lewis:

—Sólo es una parte del precio, lianta.

CAPÍTULO VI

La pequeña habitación sólo tenía una mesa y una silla como único mobiliario. En la silla, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza abatida, se hallaba un muchacho de apenas diecinueve años de rostro pecoso y facciones aniñadas.

De pie junto a la mesa lo contemplaba con una expresión entristecida Ella Haines.

—Cargar con las culpas de otra persona es bello en algunas ocasiones y estúpido en otras, Tommy.

Tommy Burker no se inmutó en absoluto. Siguió imperturbable y taciturno en idéntica postura.

Continuó Ella:

—De todas formas acabaré por poner en claro la verdad y tu sacrificio habrá sido estéril. ¿No te has parado a pensarlo?

Tommy tampoco respondió.

La chica se desplazó lentamente hasta situarse frente al muchacho.

—¿No quieres saber mi profesión, Tommy?

Ante el terco silencio del joven, tuvo que seguir hablando Ella:

—Soy detective y tu padre me ha contratado para esclarecer los hechos, Tommy. La policía está convencida de que tu silencio es para proteger a tu padre. Sin embargo, yo opino de distinta forma.

Ahora levantó Tommy la cabeza lentamente y posó la mirada en la detective. Su voz sonó apenas audible:

—¿Mi padre la contrató?

—En efecto, Tommy. Y eso demuestra tu inocencia. Estuve hablando un rato con él y quedé totalmente convencida.

Tommy levantó los hombros indiferente.

—Mejor para él.

—Sin embargo, alguien tuvo que dejar el paquete en la guantera de tu coche. Dime quién fue, Tommy.

—He confesado que lo hice yo mismo.

—Eso es mentira, Tommy.

El muchacho hizo un vago ademán con las manos.

—Trate de demostrarlo.

—No tengas dudas de que lo haré.

—Y se ganará una medalla, ¿eh? —comentó sarcástico él—. Una mujer lista, fiel ejemplar de la época en que vivimos.

—A los detectives no nos ponen medallas, Tommy. Nuestra recompensa es materialista.

—¿Cuánto le ha pagado mi poderoso padre?

—Todavía nada. Pagaré cuando demuestre que eres inocente —hizo una pequeña pausa y agregó Ella—: Serán diez mil dólares cuando quedes en libertad libre de culpas.

—Pues se ha metido en una tarea difícil, pelirroja.

—Yo no lo creo así. Tú vas a ayudarme, Tommy.

—¿Seguro?

Se hizo un pesado silencio entre los dos y acabó rompiéndolo Ella preguntando suavemente:

—¿Crees que una mujer vale la pena que hagas un sacrificio como éste, muchacho?

Ella descubrió un relámpago en las pupilas de Tommy.

—¿De qué habla?

—De Sally Leigh, Tommy. Comprendo que puedas estar enamorado de ella hasta este punto, pero te aseguro que es una solemne tontería. No merece que lo hagas.

Tommy sacudió la cabeza.

—No comprendo lo que trata de insinuar.

—Al contrario, Tommy. Me comprendes demasiado bien.

—¿Qué tiene que ver Sally en todo esto?

—Es la causa principal, Tommy. Al guardar silencio y culparte a ti mismo sólo lo haces para cubrirla a ella. Quizá te parezca una buena chica que ha caído bajo obligada por las circunstancias. Yo voy a demostrar que te equivocas.

A Tommy Burker se le congestionó el semblante.

—¡Usted no demostrará nada, fisgona!

Ella Haines endureció las facciones clavando los ojos en el

jovenzuelo.

—Escucha, Tommy... Hace un rato han intentado quitarme de la circulación con una rociada de balas y no lo han logrado de puro milagro. Ignoro si son los pistoleros de Danny Cassidy o Rich Goldman en venganza de una visita que no le gustó. Sea como fuere, el asunto es grave y tendrá pésimas consecuencias para todas las personas que se hallen involucradas en él. No quieras pagar por algo que no hiciste. Te falta talla para dedicarte al tráfico de drogas, muchacho.

Tommy pasó de un estado de ánimo a otro con suma facilidad. Ahora sonrió crispando su pecoso rostro.

—De modo que han intentado liquidarla.

—Exacto.

—¿Y no se ha parado a pensar que pueden haber sido los hombres de mi querido padre?

—¿Qué gana George Burkner con mi muerte?

El joven encogió los hombros.

—Vaya a saber. Al parecer el mundo de los estupefacientes es mucho más complicado de lo que imagina.

—Tu padre no ha tenido nada que ver en el atentado.

—Si usted lo dice...

—Estás tratando de desviar mi atención de Sally Leigh, ¿eh?

—A ella déjela en paz.

—Lo siento, Tommy, no puedo hacerlo. Sally puso el paquete de «coca» en la guantera de tu coche y eres un estúpido ocultándolo. Ella misma lo ha reconocido hace unos minutos.

—¡Eso es mentira! —estalló nuevamente encolerizado Tommy—. Sally nunca diría eso.

—Pero en verdad lo hizo, ¿no? O por lo menos es lo que tú crees.

El muchacho apretó los labios y guardó silencio. Ella siguió machacando en caliente:

—¿No te has detenido a pensar en que a lo mejor la estás encubriendo y resulta que ella no es culpable?

Tommy frunció el ceño de repente levantando la mirada.

—Usted acaba de decir que ha confesado.

—Te he mentado para comprobar tu reacción, Tommy. Lo único cierto en todo esto es que tú la consideras culpable y deseas

encubrirlo. Una mujer como Sally no lo merece, muchacho.

Tommy apretó los puños.

—Por favor... —resolló lívido el semblante—. Deje de hablarme como si fuera un niño. Soy digno hijo de George Burkner y sé lo que hago.

—Lo dudo, Tommy —rebató Ella—. Tu padre nunca hubiera hecho una cosa así. Enamorarse de una mujer de la clase de Sally Leigh... Y además jugarse la piel para protegerla.

—¡No la estoy protegiendo de nada! Sally no pudo ser la persona que puso el paquete en la...

—Sigue, Tommy.

—No tengo nada que decir.

—Desde luego —sonrió Ella, moviendo la cabeza—. Ya has dicho cuanto necesitaba saber. Acabas de reconocer que no fuiste tú quien puso el bulto de drogas en la guantera del coche.

—¡Yo no he dicho eso!

—Es inútil que lo niegues, Tommy. Te advierto que todo cuanto hablamos está siendo registrado en una cinta.

Tommy Burkner se levantó lentamente y engarfió las manos empezando a caminar en dirección a la chica.

—Maldita entrometida...

Antes de que Ella pudiese evitarlo, la aferró por el cuello y la zarandeó violentamente. La detective reaccionó con prontitud y levantando la rodilla derecha se la incrustó en la entrepierna.

Burkner aulló de dolor rodando por el suelo.

Pero de pronto se levantó abalanzándose sobre ella con los ojos brillantes de ira.

Norman Lewis entró en la habitación y llegó a tiempo de sujetar a Tommy por los codos, clavándole la pierna en los riñones. Tuvo que hacer un extraordinario esfuerzo, pero consiguió inmovilizarlo.

—No te portes como un imbécil, chico —aconsejó junto a su oído—. Ya lo has hecho suficientemente, caray.

Otros dos policías penetraron en la estancia y se hicieron cargo del enfurecido muchacho. Sin ningún miramiento, bruscamente, lo sentaron de nuevo en la silla.

Lewis se encaminó a Ella.

—¿Estás bien?

—Sí.

—He podido comprobar que te conservas en excelente forma —rió el teniente—. Tanto mental como físicamente. Podrías reingresar en el equipo cuando quisieras.

—No insistas, Norman.

—De acuerdo, de acuerdo, que sigan las cosas como están. De todas formas nos acabas de hacer un favor.

—Empiezan a confirmarse las sospechas de que Tommy es inocente —dijo la detective—. Ahora falta poner en claro la parte de culpa que corresponde a Sally Leigh.

El joven Burker los miró con odio inusitado.

—¡Déjenla en paz, malditos!

El teniente Lewis se aproximó a él y le palmeó suavemente la nuca.

—¿Qué te dijo Sally Leigh?

—Tú y yo tenemos mucho de qué hablar, jovencito. No acabo de comprender tu sacrificio por amor, la verdad. En el siglo xx esas cosas no ocurren. ¿Acaso supones que ella lo haría por ti?

Ella Haines preguntó:

—¿Vas a interrogarlo ahora, Norman?

—Desde luego.

—¿Te importaría mucho que no asista al interrogatorio? Estoy extremadamente cansada.

Lewis la miró unos segundos y luego dio una cabezada.

—De acuerdo. Te llevaré y después lo interrogaré.

—No te molestes, Norman.

—Muy bien. Por lo menos haré que te lleven un par de mis agentes.

—Si te empeñas...

El teniente le guiñó un ojo y dijo en tono burlón:

—Vales mucho y tengo que cuidar de ti, cariño. ¿Me llamarás mañana por la mañana?

—Oh, puedes estar seguro de eso.

CAPÍTULO VII

La humedad que en la noche caía sobre el asfalto de las calles de San Francisco ponía un manto brillante sobre ellas al ser herido por el reflejo de las luces.

Acomodándose tras el volante del «Ford» familiar, inquirió Guadalupe Mendoza:

—¿Adónde vamos, jefa?

Sentada a su lado respondió ella:

—Vosotros tenéis la palabra. Para Lewis me he metido en la cama rendida del ajetreo de hoy. Me habéis dicho que Cassidy se encuentra en una cena importante con varios prohombres de la ciudad, ¿no?

En el asiento trasero informó Harry:

—Están en el Corps Rose. Uno de los restaurantes más lujosos de San Francisco.

—Pues ya sabes el destino, Mendoza.

El chicano arrancó el vehículo sin objetar nada de particular. Junto a Harry, opinó Troy Shannon:

—Si armamos jaleo en el Corps Rose tendremos dificultades, Ella. No es ningún tugurio de mala muerte. —Danny Cassidy está allí, ¿no?

—Ésa fue la información que obtuvimos.

—Pues tengo que hablar urgentemente con él, Troy. Ese restaurante es un lugar tan bueno como otro cualquiera.

Troy se limitó a emitir un gruñido de asentimiento. Mendoza rió, comentando:

—A la jefa le gusta coger al toro por los cuernos, Troy.

—Ya veremos si cuando llegue la hora coge al toro de Lewis.

Harry cerró el puño derecho.

—Si Lewis es un toro resulta que mi hermana es... Retira lo dicho o te rompo los morros, Troy.

—Ya basta, chicos —cortó Ella—. Troy hablaba en metáfora, Harry.

Diez minutos después se detenía el «Ford» frente a la puerta del Corps Rose. Un tipo de verde uniforme y hombreras doradas se apresuró a abrirles las portezuelas.

—Nos encargaremos de estacionar el coche, señores.

Mendoza se lo quedó mirando.

—No lo pongas muy lejos por si las moscas, almirante.

El hombre frunció el ceño, pero se abstuvo de hacer comentario alguno. Estaba acostumbrado a las excentricidades de la gente de dinero. Los había raros de verdad.

Otro fulano vestido de etiqueta los recibió en el apabullante vestíbulo del establecimiento.

—¿Desean cenar los señores?

—Veremos —comentó Harry—. De momento deseamos echar un vistazo al servicio.

—¿Cómo dice, señor?

Ella se adelantó sonriéndole.

—Hemos de hablar urgentemente con el señor Daniel Cassidy. Nos dijeron que podíamos encontrarlo aquí.

El tipo carraspeó ligeramente turbado.

—Lo siento. El señor Cassidy se halla reunido en una importante cena de trabajo. Dio orden de no se molestado.

Mendoza le puso una zarpa en el hombro al individuo.

—Esa orden no cuenta con nosotros, cuñado. Verás el alegrón que se lleva cuando nos vea.

El hombre creció unos diez centímetros al estirarse dentro de su impecable traje. Trató de forzar una sonrisa, pero lo único que consiguió poner en su rostro fue una mueca.

—Créame que lo siento de veras. El señor Cassidy...

Harry ya lo estaba apartando y avanzó seguido de Mendoza y Shannon. La detective dijo al recepcionista antes de seguirlos:

—Usted ya ha cumplido con su obligación avisándonos, amigo. Ahora deje el resto a nosotros.

—Pero... —murmuró confundido el tipo—. El señor Cassidy tiene a tres de sus hombres en la puerta del salón celeste. Le

impedirán...

Ella ya no lo escuchaba.

Alcanzando a Harry, Mendoza y Shannon, informó:

—Hay que encontrar el salón celeste, muchachos.

* * *

Danny Cassidy, vistiendo elegantemente frac y corbata de palomita, levantó la copa de champaña francés y sonriendo con toda la dentadura, dijo solemne:

—Brindo porque la amistad que nace hoy en nuestros corazones resulte fructífera para ambas partes, diputado Hart. En estos instantes es mi deseo más ardiente.

El diputado Hart, un hombre de grandes orejas y rostro afilado, sonrió izando a su vez la copa. Al ser imitado por el resto de los comensales, respondió:

—Eso espero en beneficio mutuo, señor Cassidy.

Un chasquido impresionante atrajo la atención de todos.

La puerta del salón se abrió violentamente y un tipo penetró convertido en un borrón. Sentado en el encerado y resbaladizo suelo comenzó a girar como una peonza imposible de frenar. Acabó chillando mareado y estrellándose en las piernas del diputado Hart.

A éste se le derramó el champaña en la pechera de la camisa.

Cassidy imprecó una maldición y fulminó con una mirada homicida a su hombre de confianza, que seguía aturdido en el suelo.

—La próxima vez que entres así en una de mis reuniones te mando a la guillotina, Percy.

El llamado Percy, un grandullón con cuello de elefante y manazas descomunales, se levantó como un huracán.

—Vuelvo enseguida, señor Cassidy.

Embistió a la salida como un meteoro.

Pero en eso se escuchó otro chasquido y la puerta escupió a un nuevo individuo que chocó contra Percy llevándoselo por delante hasta dejarlo sentado sobre una fuente de pescado con salsa verde.

Al levantarse, su trasero parecía un campo de alfalfa.

Con el rostro encendido por la cólera se bebió Cassidy el champaña de un solo trago. Luego se pasó el dorso de la mano por los labios y estalló iracundo:

—¡Alguien acabará colgado esta noche!

Sus dos hombres se estaban incorporando trabajosamente. Contemplándolos fríamente, acusó Cassidy:

—Habéis vuelto a tener diferencias, ¿eh? Os voy a enseñar de una vez para siempre a...

—Sentimos interrumpir, señores.

La voz femenina había sonado en la puerta del salón y todos los reunidos allí se giraron veloces.

Ella avanzó seguida de sus tres ayudantes y sonrió como pidiendo disculpas.

—Sus hombres se negaban a dejarnos pasar, señor Cassidy.

Danny Cassidy inspiró con fuerza.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Ella Haines y lamento profundamente que nuestra llegada tan aparatosa...

—Espero por su bien que tenga un motivo hartamente justificado, señorita.

—Oh, sí lo tengo.

Danny Cassidy tenía el rostro tenso y los ojos inusitadamente brillantes por la excitación.

—Adelante —invitó gélido—. Diga lo que sea.

—Tendríamos que hablar a solas, señor Cassidy. Creo que sería conveniente para poner algunas cosas en claro.

El diputado Hart intervino prietos los maxilares:

—Van a tener que explicar muchas cosas, gamberros.

Mendoza le puso una mano en el hombro.

—Tú a callar, orejón.

—¡Oiga...! —gritó fuera de sí Hart—. Soy diputado...

Mendoza lo silenció aplicándole un cachete que lo derrumbó en la silla, atónito.

—Serás todo lo diputado que quieras, pero ahora te toca guardar silencio, Troy reprendió a su amigo:

—Esta vez creo que te has pasado; compadre.

En aquel momento el grandullón Percy gateó hasta el chicano y lo aferró de la pierna con intención de pegarle un mordisco en la pantorrilla. Mendoza le puso la suela del zapato del otro pie en la nuca y le estampó la cara en la cera del suelo como un sello de goma sobre un tampón.

Percy se puso a echar sangre por la nariz y se alejó con el rabo entre las piernas por donde había venido.

Danny Cassidy empezó a perder la paciencia.

—Estoy esperando sus explicaciones, señorita...

—Haines. Ella Haines.

—No recuerdo su nombre, señorita Haines.

—Puede ser, señor Cassidy. ¿Está seguro de no haber mencionado mi nombre a su gente?

Cassidy arrugó la nariz.

—¿Qué trata de insinuar?

—Prefería que hablásemos a solas, señor Cassidy. Lo digo sobre todo en bien suyo.

Danny Cassidy se irguió mirándola con una mezcla de orgullo y desdén.

—No tengo secretos para mis amigos, señorita Haines. Por última vez le pido que aclare su impropio forma de entrar a interrumpir una reunión de negocio. Si llamo a la policía...

Troy lanzó una carcajada.

—Ése fue un buen chiste, Cassidy.

—Oiga...

Danny Cassidy no pudo seguir hablando.

Súbitamente su rostro adquirió un tono lechoso al tiempo que se contraía con una mueca de dolor plasmada en él. Se advertía que estaba haciendo un titánico esfuerzo por mantenerse erguido.

Finalmente no pudo seguir derecho y se aferró al borde de la mesa para desde allí rodar por el suelo llevándose parte del mantel, varios platos y algunos cubiertos.

Se revolcó sujetándose el estómago con ambas manos y pataleó varias veces desorbitados los ojos. Quiso decir algo, pero de sus labios no brotó más que un ahogado lamento. Después sufrió un estremecimiento y se quedó rígido.

Todas las sorprendidas miradas convergieron en él.

El diputado Hart sacudió la cabeza.

—Creo que ha sido un infarto. Habría que avisar a un médico.

Harry le estaba tomando el pulso al caído y levantó la mirada paseándola por los expectantes reunidos.

—No hace falta. Cassidy ha muerto.

Todos se quedaron de una pieza. Un tipo calvo de grueso

abdomen se pasó un pañuelo por el mundo cráneo.

—Ustedes han tenido la culpa —acusó sin demasiada convicción—. No debieron entrar aquí en la forma que lo hicieron. Un infarto se puede producir...

La voz de Ella Haines lo interrumpió:

—Un infarto muy peculiar puesto que se ha producido por ingerir una buena dosis de cianuro.

Todos se giraron sorprendidos hacia la pelirroja.

Ésta sostenía en las manos la copa donde había bebido el champaña y que milagrosamente no cayó al suelo. La sujetaba del pie con una servilleta y agregó:

—Esta copa contenía suficiente veneno para matar a un elefante. Ahora es inevitable llamar a la policía.

El diputado Hart empalideció intensamente.

—Se lo prohíbo.

—¿Cómo dice?

—Lo que usted dice no puede ser cierto, señorita. Ninguno de nosotros ha podido envenenar al señor Cassidy.

Ella encogió los hombros.

—Eso lo aclarará la policía, diputado. —Mirando a Harry y Troy, ordenó la chica—: Que nadie abandone el Balón. Tú hazte cargo de la copa y no la toques con las manos, Mendoza.

Haciendo caso omiso a las protestas de los reunidos se dirigió a un teléfono situado sobre una mesita ratona. Descolgó el auricular y disco un número.

Cuando descolgaron al otro lado, se limitó a decir:

—Deseo hablar con el teniente Norman Lewis.

—¿Quién lo llama?

—Ella Haines. Dígale que es urgente.

Un minuto después le llegó la voz extraña del teniente a través del hilo:

—¿Qué ocurre, Ella?

—Necesito verte enseguida, Norman.

—¿Has mirado la hora que es, nena?

—Las once y cuarenta y cinco minutos de la noche.

Norman Lewis emitió una suave risita.

—No es una hora muy apropiada para que una señorita llame a un rendido admirador.

—Te necesito, Norman.

Lewis se pasó la lengua por los labios secos.

—Si es así... ¿Podrás esperar unos veinte minutos?

—Desde luego.

—Está bien —dijo entusiasmado Lewis—. Oye...

—¿Qué, Norman?

—Si estás en camisón no hace falta que te vistas, ¿sabes? Luego se pierde tiempo...

—No seas idiota, Norman. ¿Qué es lo que te imaginas?

—Bueno..., tú has dicho que me necesitas.

—Naturalmente que te necesito. Estoy en el restaurante Corps Rose y acaban de envenenar a Danny Cassidy con una ración de cianuro.

Norman Lewis se sobresaltó de tal manera que no pudo evitar el pegarse en los dientes con el teléfono.

CAPÍTULO VIII

El forastero se acercó al teniente de detectives Tim Mac Grady que se hallaba acompañado de su colega Norman Lewis y de Ella Haines.

—No hay dudas de que ha sido envenenado con cianuro, Mac Grady.

—¿Cuándo tendré su informe, Rex?

—Se lo haré llegar con mi ayudante dentro de un par de horas.

—De acuerdo.

El médico se alejó y preguntó Mac Grady a Lewis:

—¿Caso tuyo, o mío, Norman?

—Todo tuyo, Tim. Espero no obstante que me tengas informado de lo que puedas averiguar.

—Lo mismo digo —accedió el teniente Mac Grady—. De todos es conocido que Danny Cassidy era un contrabandista de narcóticos. Y eso entra de lleno en tu campo.

Lewis forzó una sonrisa.

—Descuida. ¿Necesitas a la detective Haines y ayudantes, Tim?

—Los llamaré a declarar mañana.

—De acuerdo.

Norman Lewis abandonó el Corps Rose acompañado de Ella Haines y sus tres ayudantes. Mac Grady se quedó enfrascado en tomar declaraciones a los testigos que presenciaron la muerte de Cassidy.

Ya en la calle, se giró el teniente a Harry y sus dos amigos.

—Podéis iros a dormir a la jaula, gorilas. Yo me encargo de dejar a tu hermana en su apartamento.

Harry sonrió exultante.

—¿No piensas registrarnos, cuñado?

Lewis iba a responder de mal humor, pero se le adelantó Ella:

—Norman me acompañará, Harry. Os aguardo mañana sobre las nueve.

—De acuerdo, hermanita —asintió Harry—. Y no te fíes ni un pelo del polizonte. A la que te descuides...

Antes de que Norman pudiera reaccionar violentamente se metieron los tres grandullones en el «Ford» y Mendoza se encargó de pisar a fondo el pedal.

Ella y el teniente se dirigieron silenciosos al coche de éste y se introdujeron en él. Lo puso en marcha Lewis y maniobró despegándose de la acera al tiempo que comentaba:

—El sospechoso número uno se nos acaba de escurrir de entre los dedos, cariño.

Ella compuso una mueca de desaliento.

—Eso parece.

—Estamos igual que al principio. Muerto Cassidy sólo nos queda Barker como principal sospechoso.

—Quizá exista un tercero en discordia. La cantidad que se le incautó a Tommy de cocaína no fue excesiva. Sólo dos kilos, ¿no?

—Refinado y distribuido representa un buen puñado de dólares, nena. Y ninguno de los restantes traficantes reconocidos puede abarcar una cantidad semejante.

—So pena de haber ampliado el negocio.

—Todo es posible.

Hubo un silencio entre ambos. El vehículo se deslizaba a buena velocidad por las calles casi desiertas.

—¿Qué has podido sacarle a Tommy? —inquirió de pronto Ella—. ¿Sigue reconociéndose culpable?

—Ya no. Tu intervención fue decisiva. De todas formas no hemos ganado nada puesto que no hemos podido sacarle gran cosa. Se niega a decir los motivos que lo impulsaron a declararse culpable en los primeros momentos.

—¿Y qué piensas hacer con él?

—Detenerlo. Continuaremos trabajándolo hasta que podamos enterarnos de algo positivo.

Ella sacudió la cabeza.

—No creo que consigas algo positivo de él. Ese chico se declaró culpable para cubrir a Sally Leigh. Al parecer siente por ella un

amor mucho más profundo de lo que imaginamos.

—Es posible —admitió Lewis—. Pero también puede estar encubriendo a su padre.

—Lo dudo. Entre ellos no existe precisamente una corriente de simpatía.

—Pueden representar una comedia. De todas formas interrogaré mañana a Sally Leigh. No tengo pruebas para detenerla y por lo tanto tendré que andarme con cautela. Le daré a entender que el chico ha confesado la participación de ella y veremos lo que consigo.

—Es una buena idea —aprobó la detective—. No dejo de pensar en una cosa, Norman.

—¿En qué?

—Todo parece indicar que Danny Cassidy estorbaba a alguien. ¿Quién ha podido matarlo?

—Es lógico pensar que la competencia...

—¿Te refieres a Burkert?

—Exacto.

—No lo creo.

El teniente torció el gesto contrariado.

—Desde que te contrató te empeñas en presentarlo como un bienhechor de la humanidad, pelirrojo. Tienes que meterte en la cabeza que es un fulano miserable, desalmado, capaz de vender a su madre por un puñado de dólares.

—Te has pasado, Norman.

—Yo creo que me he quedado corto.

—Acabas de dejar atrás el edificio donde se encuentra instalado mi apartamento, mi amor.

Norman Lewis frenó el automóvil emitiendo un gruñido. Puso la marcha atrás y retrocedió un trecho.

Antes de descender, lo contuvo Ella.

—No hace falta que bajes, Norman. Estoy cansada y pienso meterme en la cama enseguida. —Sonriendo depositó un fugaz beso en la comisura de la boca de él y agregó—: Esta vez es en serio.

—¿Nos veremos mañana, nena?

La pelirroja le guiñó un ojo asomando la cabeza por la ventanilla.

—¿Crees que podrás pasar un día entero sin verme, cariño?

Lewis alargó la mano intentando depositarla sobre las de ella.

—Si tú quisieras...

Riendo apartó Ella las manos.

—No estás lo suficiente maduro todavía, encanto, Te avisaré cuando estés en condiciones.

—Infiernos, yo...

—Hasta mañana, cariño.

La pelirroja le envió un beso simbólico con la punta de los dedos y se dirigió riendo a la entrada del inmueble. Norman esperó ceñudo a que cerrara la puerta a su espalda.

Luego sacudió la cabeza imprecando una maldición entre dientes y arrancó furioso.

* * *

Ella penetró en su apartamento.

Se trataba de una pequeña vivienda, pero acogedora y con todos los adelantos de la civilización moderna. Harry le había insistido infinidad de veces en que viviera con ellos. No obstante, la chica prefería la independencia que disfrutaba allí.

La calefacción puesta al mínimo le permitió desprenderse de las vestiduras que llevaba y ponerse una cómoda bata. En la diminuta cocina se puso a preparar unos huevos con jamón y minutos después empezaba a comer con un gran vaso de leche tibia delante.

Un doctor le hubiera reprochado el ingerir alimentos para irse a dormir, pero era una costumbre imposible de eliminar en Ella. Mientras lo hacía fue dándole vueltas en la mente a todo lo que tenía en relación al asunto de las drogas.

En primer lugar estaba George Burkner. No lo creía capaz de haber puesto los dos kilos de cocaína en la guantera del coche de su hijo. Sin embargo, no lo descartaba como presunto culpable de la muerte de Cassidy, si presumía que su rival fue quien involucró a Tommy.

Al dueño del Alexandra, Rich Goldman, no le reconocía capacidad para organizar un contrabando de narcóticos a gran escala. No daba la impresión de poseer la suficiente inteligencia para ello. En cuanto a la muerte de Cassidy... Tampoco podía descartarlo. Goldman tenía mucho miedo y el miedo convierte en héroes a los hombres. Si matar a Danny Cassidy se podía considerar

una heroicidad.

Todo parecía señalar a otra persona que se movía en las sombras y si era así iba a resultar una ardua tarea descubrirla.

Quizá Norman tenía razón y realmente George Burkner se hallaba detrás de todo el tinglado moviendo los hilos a su antojo.

En cuanto a Sally Leigh... La chica podía ser una baza importante si como creyó Tommy fue la persona que escondió la droga en la guantera del coche. Obrando con precaución, ella podía conducirlos al cerebro que estaba detrás de todo.

Cuando ella y Troy la visitaron se mostró muy excitada, tremendamente asustada.

Finalmente empezó a dolerle la cabeza y tuvo que dejar de comer.

Acabó la leche y se incorporó dirigiéndose al dormitorio.

Al encender la luz quedó paralizada por la sorpresa recibida.

Un hombre de gran corpulencia y burlona sonrisa se hallaba en el lecho tranquilamente. Otro tipo de similares características se apoyaba indolente en la puerta del armario.

El de la cama dijo irónico:

—Ya íbamos a salir en tu busca, nena.

Ella reaccionó con prontitud.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen en mi dormitorio?

—Tuvimos la gentileza de dejarte cenar, pelirroja. Ahora será mejor que te vistas y nos acompañes.

—¿Adónde?

—Nuestro jefe desea verte y no vayas a negarte porque vendrás de todas formas.

Ella los miró brillantes las pupilas.

—¿Quién es vuestro jefe?

—George Burkner.

CAPÍTULO IX

George Burkner bebió un sorbo de *brandy* y posó los ojos en la detective haciendo un vago ademán.

—Si mis hombres se han portado de forma impropia sólo tiene que decirlo y les daré un escarmiento, Haines.

Ella lo miró fulgurantes las pupilas.

—El que se ha comportado de manera impropia es usted, señor Burkner.

—Me temo que no la entiendo.

—¿No sabe la hora que es?

—Tengo un cronómetro suizo que me costó doscientos cincuenta dólares. Pero cuando alguien trabaja para mí lo hace sin un horario fijo, Haines. Necesitaba hablar con usted.

—¿No tiene teléfono?

El padre de Tommy movió la cabeza fingiendo un pesar que en realidad no sentía.

—Le pido disculpas por haberla molestado y la autorizo a subir la minuta una vez logrado el objetivo. Hay cosas que no se pueden hablar por teléfono.

—Si el teniente Norman Lewis se entera de que he sido traída a la fuerza se enfadará.

—Pero usted no se lo dirá, ¿verdad, Haines?

—Es inútil que sigamos discutiendo, señor Burkner —se resignó la chica suspirando—. Será mejor que me diga los motivos que lo han impulsado a hacerme venir.

—Eso es ponerse en razón, Haines —sonrió ampliamente Burkner—. ¿Desea una copa?

—Nunca bebo cuando tengo sueño y ahora estoy que me caigo. ¿Le importa ir al grano?

Ambos se hallaban en la biblioteca de la mansión particular de Burker. Al entrar Ella le había ofrecido un sillón, pero la chica denegó con un movimiento de cabeza y por eso permanecían en pie.

Burker apuró el *brandy* de la copa.

—Deseo saber cómo marchan las pesquisas en torno a esclarecer los hechos relacionados con Tommy —empezó a decir—. No puedo conciliar el sueño pensando en eso.

Ella ladeó la cabeza y lo miró incrédula.

—No me diga que me ha hecho venir solo para eso, señor Burker. No tiene ninguna gracia...

—La hice venir por varias razones —cortó Burker—. ¿Estaba usted presente cuando murió Cassidy?

La detective le escrutó atentamente el semblante.

—Con que se trata de eso, ¿eh?

—Por favor, no vaya a interpretarme mal. San Francisco es lo suficiente grande como para que puedan moverse dos personas sin necesidad de roces, ¿me comprende?

—Creo que sí.

—Entonces..., ¿piensa que yo he podido ordenar la muerte de Danny?

—Hace un rato que le manifesté al teniente Norman Lewis que no lo había ordenado usted.

Burker arrugó el ceño.

—¿Y qué respondió él?

—Usted no me paga para que sea su confidente, señor Burker —respondió con cierta dureza la pelirroja—. Sólo lo hace para que demuestre la inocencia de Tommy, creo.

George Burker sonrió y extendió las manos como pidiendo disculpas.

—Le ruego que no se enfade, Haines. ¿Puede decirme algo respecto a mi hijo?

—De momento ha empezado por reconocer que nada tiene que ver con el paquete de «coca» que se le encontró en la guantera.

—¿Está segura?

—Lo pude convencer yo misma.

Hubo un silencio y chasqueó la lengua Burker.

—Ese muchacho me da lástima.

—No es ése el sentimiento que debe inspirar un hijo a su padre,

señor Burkner —reprochó suave Ella—. Estoy pensando en que posiblemente Tommy no es demasiado responsable de lo que ocurre.

Burkner se masajeó el mentón y permaneció unos instantes dubitativo. Después hizo un vago ademán.

—Tommy tuvo una infancia ingrata —admitió hablando despacio—. Su madre murió cuando apenas contaba tres meses de edad. Yo estaba abriéndome camino en la vida y me vi obligado a confiar su educación a un matrimonio amigo que me defraudó por completo. Luego les hice pagar todo el daño causado a mi hijo. Sólo le diré que como primer chupete se fumó un cigarro puro de infame calidad y su primer libro fue una revista pornográfica. ¿Puede hacerse una idea?

—Sin ningún esfuerzo.

—Creo que Tommy me odia a pesar de que he procurado reparar el daño que le hice por todos los medios a mi alcance.

—¿Qué medios, señor Burkner? ¿Procurar que no le falte dinero en el bolsillo?

Burkner compuso una mueca de desagrado.

—No se meta en moralista, Haines. Todo lo que usted pudiera decirme ya me lo he repetido mil veces —hizo un intervalo y siguió, cambiando el tema de la conversación—: De modo que al fin se ha declarado inocente, ¿eh?

—Así es, señor Burkner. No ha hecho más que confirmar lo que ya sospechaba la División de Narcóticos.

—¿Y por qué diablos se autoacusó?

—Ésa parte pertenece todavía al secreto particular de Tommy y se he negado a revelarla. Casi tengo la seguridad que lo hizo por creer en la culpabilidad de una muchacha de dudosa reputación llamada Sally Leigh. Trabaja en el Alexandra...

—Conozco a Sally Leigh.

Ella lo miró extrañada.

—¿La conoce?

—Para ser más exacto diré que sé quién, es. Hace aproximadamente dos meses que el chico comenzó a salir con ella. Hice mis averiguaciones respecto a esa mujer, aunque de antemano sabía lo que me iban a decir en el informe.

Ella dejó transcurrir unos segundos.

—Entonces ya sabe que Tommy no anda desencaminado al pensar que Sally está complicada.

Burker arrugó el ceño.

—¿En el tráfico de drogas?

—Por descontado.

—Creo que sufre un error, Haines. Sally Leigh es una ramera posiblemente, pero nada tiene que ver con las drogas. Puedo asegurarle que si perteneciera a alguna banda de traficantes yo lo sabría.

—Pues voy a darle una noticia que desconoce, señor Burker —sonrió, desganada la pelirroja—: Sally Leigh formaba parte del clan de Danny Cassidy.

George Burker se quedó mirándola unos instantes y a continuación rompió a reír.

—No me diga.

—¿No me cree?

—Por supuesto que no la creo. Cuando pido informes siempre son fidedignos, Haines —dijo Burker cesando en su risa—. La aseguro que Sally Leigh no tiene relación alguna con la banda del difunto Cassidy.

Ella se quedó un tiempo perpleja. Burker hablaba con tanta seguridad que casi llegaba a creerlo.

—Me gustaría estar segura de ello —murmuró pensativa—. Es un punto muy importante a tener en cuenta en estos momentos.

Burker forzó una nueva sonrisa.

—Si sirviera de algo mi juramento sobre una Biblia, lo haría. De todas formas ha de creerme, Haines.

—Pero entonces...

—¿Qué?

—Nada —sacudió la cabeza Ella—. Sólo estaba pesando en algunos detalles sin importancia.

Burker le escrutó el rostro.

—Temo que me está ocultando algo.

—¿Puedo irme ya, señor Burker? —inquirió de pronto Ella—. Pronto lo podré informar de varias cosas.

—No me ha dicho nada de la muerte de Danny Cassidy, Haines. Me interesa saber el nombre de las personas que se hallaban con él cuando lo envenenaron.

Ella dejó escapar un suspiro.

—No le diré nada respecto a la muerte de Cassidy. Ya se lo he dicho antes. Sin embargo, puedo transmitir sus deseos al teniente Norman Lewis y tal vez él lo ponga al corriente.

Burker le enseñó los dientes.

—Muy chistosa.

—¿Cuántas veces ha visitado a su hijo, señor Burker?

—Una y se negó a recibirme.

—Ya. No ha contestado a mi pregunta de si puedo marcharme.

El padre de Tommy asintió moviendo la cabeza.

—Mis hombres la llevarán.

—No hace falta —denegó ella—. Bastará con que me preste un coche y se lo dejaré estacionado frente al edificio donde tengo el apartamento. La verdad, señor Burker... No me gusta la compañía de sus gorilas.

—Está bien —accedió él—. Pero recuerde que debe tenerme informado de lo que ocurra. Estoy impaciente y...

—Descuide.

Minutos después abandonaba Ella la mansión particular de George Burker al volante de un pequeño coche deportivo. El reloj del salpicadero marcaba la una cuarenta y dos minutos de la madrugada cuando enfiló la carretera que llevaba a la ciudad.

Tan pronto se encontró en las primeras calles céntricas estacionó el vehículo junto a una cabina telefónica. Se introdujo en ella y poniendo unas monedas descolgó el auricular discando un número.

Hasta seis veces llegó a sonar el timbrado al otro lado del hilo. Luego respondió la voz somnolienta de Guadalupe Mendoza:

—Puede decir lo que quiera, pero sea breve.

—¿Estabais durmiendo?

—¡Qué va! Teníamos organizada una timba de tute. No me diga ahora que se equivocó de numerito, paloma.

—Soy Ella.

La pelirroja pudo escuchar el respingo de Mendoza.

—Perdona, jefa, no te había reconocido la voz. Se nota que estás todavía dormida.

—No he pegado ojo desde anoche, Mendoza. El que tiene el cerebro turbio por el sueño eres tú.

—Naturalmente, jefa —se apresuró a reconocer el chicano—.

Eso era lo que quería decir.

—Haz un esfuerzo y procura escucharme.

—Ya estoy al tanto, jefa.

—Tengo a la persona que complicó a Tommy y ha ordenado la muerte de Cassidy.

Ella pudo imaginarse el sobre salto de Mendoza a juzgar por la excitación de su voz:

—¡No lo dejes escapar, jefa! ¡Ahora mismo vamos!

—Tranquilo, Mendoza —lo cortó la detective—. No me has entendido, hombre. Quiero decir que sospecho la identidad de dicha persona y me dispongo a comprobar si estoy en lo cierto.

—Pero, jefa...

—Escucha con atención y luego lo repites a Troy y mi hermano. Deseo que... —Ella consultó el reloj— dentro de media hora os reunáis conmigo en la dirección que voy a darte. Y sobre todo nada de avisar al teniente Lewis.

Guadalupe Mendoza permaneció un par de minutos escuchando las explicaciones de Ella. Cuando ésta terminó de hablar sacudió la cabeza respondiendo:

—De acuerdo, pero... no te arriesges demasiado. Cualquiera aguarda al pelma de Lewis si...

Ella cortó la comunicación.

Regresando al pequeño coche buscó en su bolso la pistola de pequeño calibre que siempre llevaba consigo misma y comprobó que estaba en condiciones de ser usada.

Acto seguido puso el coche en marcha.

CAPÍTULO X

Sally Leigh terminó de abrir la puerta y contempló con hastío a la detective.

—¿Qué se te ofrece ahora, guapa? Por vuestra culpa no tengo trabajo esta noche. Con el destrozo causado en el Alexandre Rich no ha querido abrir.

Ella sonrió levemente.

—¿Me dejas entrar, Sally?

—¿Serviría de algo si digo que no? Lo que me extraña es que hayas venido sin tu gorila.

—Deseo hablar contigo a solas, Sally.

La mujer del club Alexandra se hizo a un lado.

—Adelante, mona.

Ella penetró en la vivienda y apenas dio unos pasos en el salón se giró observando que Sally se hallaba completamente vestida, cuando lo lógico sería vestir una bata sobre el camisón de dormir.

—No aprovechas una noche libre, ¿eh, Sally?

—¿A qué te refieres?

—Dada la hora que es deberías estar en la cama, mujer.

Sally Leigh compuso una mueca burlona.

—¿Vas a controlarme el horario, pelirroja?

—Fue un simple comentario, Sally. En verdad lo que deseo es hacerte un favor y averiguar algo que me interesa mucho.

La otra sonrió escéptica.

—Lo del favor me ha gustado. Sigue.

—Sabes que mi nombre es Ella Haines y tengo la profesión de detective privado.

Sally encogió los hombros.

—Si tú lo dices...

—¿Para quién trabajas, rubia?

Sally Leigh arrugó el ceño fingiendo sorpresa y realizó un ademán displicente con ambas manos.

—Lo sabes, pelirroja. Trabajo como gancho en el local de Rich Goldman. ¿Lo has olvidado?

—Me refiero al otro empleo.

—¿Cuál empleo?

—El de los narcóticos.

—Mira, chica, parece que te dio mucho el sol en la cabeza.

—Escucha, Sally, tú puedes conducirme al cerebro oculto que mueve todo el tinglado desconcertándonos. Yo en cambio intercederé por ti ante el teniente Lewis y te conseguiría una condena leve.

—Continúa, fisgona —pidió Sally borrando la sonrisa de su rostro súbitamente grave—. Prometo que nunca me he divertido tanto como lo estoy haciendo ahora.

—No te divertirás mañana cuando venga Lewis a detenerte.

—¿Detenerme? ¿Por qué?

—Has mentido desde el primer instante, Sally. Pude leer tu declaración a Lewis cuando detuvieron a Tommy y cometiste un error. Lo he recordado cuando alguien me habló de ti hace un rato.

—¿Qué error?

—Dijiste no saber nada de los manejos del chico cuando oficialmente aún no sabías nada. Lewis te habló de un paquete, pero en ningún momento mencionó que se trataba de drogas.

—¿No?

—Luego volviste a equivocarte cuando te visitamos Troy y yo. Simulaste un profundo temor a Danny Cassidy, cuando en realidad nada te ligaba a él. Ni siquiera pertenecías a su banda.

—De eso puedes estar segura. Nunca tuve relación con Danny Cassidy.

—¿Por qué fingiste tenerle pánico? ¿Y por qué hablas de él en pasado, Sally? Danny Cassidy todavía vive.

La rubia crispó los labios furiosa.

—Oye, lianta maldita, eres tú la que estás hablando en pasado de Cassidy. ¿Qué tratas de conseguir liándome?

—Quería saber si me seguías el juego. Te consta que Cassidy ha muerto envenenado esta misma noche.

Sally adelantó los labios burlona.

—No tengo relación con la policía y seguro que se han olvidado de comunicármelo.

—Aún hay más, Sally.

—¿Cómo qué?

—Nos balearon a Troy y a mí cuando abandonamos tu apartamento. ¿Por qué lo hicieron? ¿Acaso porque temían que hablaras más de la cuenta?

La rubia levantó los hombros.

—A mí no me vengas con cuentos.

—Basta de hipocresías, Sally —la acosó vehemente Ella—. George Burkner asegura que no perteneces a su banda y tampoco a la de Cassidy. Y no obstante estás metida hasta el cuello en un feo asunto de drogas. ¿Vas a decirme quién es tu jefe?

—Sigues hablando en chino, pelirroja.

Ella dejó escapar un resoplido.

—De acuerdo. Voy a salir ahora de aquí y regresaré con el teniente Lewis, Sally.

—Oh, tú no harás eso, pelirroja.

La detective la miró recta a los ojos.

—¿Quién me lo va a impedir?

—Yo, por ejemplo.

La voz masculina procedía del interior de la vivienda y Ella se revolvió llevando la mano al interior del bolso. En la puerta situada a la derecha se hallaba un fulano que chasqueó la lengua.

—Yo de ti no lo haría, detective. Sigue metiendo la mano en el bolso y volará por los aires con lo que contenga.

Ella observó la automática que empuñaba el tipo y se estuvo quieta.

Lo reconoció como uno de los comensales que se encontraban presentes en el Corps Rose cuando Cassidy fue envenenado. Era un individuo corpulento y de facciones achatadas.

Sally rió irónica.

—Te presento a Donald Crane, pelirroja. Es mi hombre de confianza desde que nos hemos visto obligados a prescindir de Danny. Últimamente estaba cometiendo demasiadas equivocaciones.

Crane movió la cabeza.

—Te advertí que esta tiparraca era peligrosa, Sally.

—Tu aviso no hacía falta, Donald —replicó Sally—. Lo supe desde el instante en que vino a visitarme en compañía de ese Troy. Presentí que antes o después nos veríamos obligados a liquidarla. Su mente es tan aguda como un estilete.

—Lástima que Percy fallara con la metralleta.

La rubia endureció el semblante.

—Ése fue uno de los errores que le costó la vida a Danny. No debes olvidarlo, Donald. No me gustan las iniciativas en las personas que están a mis órdenes.

Donald Crane dio una cabezada.

—No lo olvido, Sally. Pero ya que lo intentó...

Ella los contemplaba bastante sorprendida.

Por el mismo hueco de la puerta que apareciera Donald Crane asomaron dos sujetos grandullones. Crane movió la automática señalando a la detective.

—Quítale el bolso a la pelirroja, Leo.

Uno de los mastodontes se aproximó a ella y le arrebató el bolso sin ningún miramiento.

Sally se adelantó enfrentándose a ella.

—Querías saber el nombre del jefe de la banda, ¿eh, nena?

La pelirroja denegó lentamente moviendo la cabeza.

—Ya no me hace falta.

—Has comprendido que yo misma soy la jefa, ¿verdad?

Ella emitió un suspiro.

—Confieso que jamás lo hubiera sospechado. Me gustaría que me aclararas algunos puntos oscuros, Sally.

Donald Crane también se adelantó.

—Nada de aclaraciones, pelirroja.

—Déjala, Donald —ordenó la rubia levantando la diestra—. Todo condenado a muerte tiene el privilegio de saber por qué le ha llegado la hora. Adelante, fisgona.

* * *

—Antes deseo hacerte saber algo —dijo Ella—. He llegado hasta ti sospechando que te hallabas involucrada con los contrabandistas, lo confieso. Lo que nunca pude imaginar es que fueras el cerebro de la organización.

La rubia rió satisfecha.

—No hace falta que lo jures.

—Sin embargo, sí que es verdad que existían ciertas incógnitas en torno a tu persona, aunque algunas de las que te he mencionado sean falsas. Imaginé que en San Francisco operaba una tercera banda de traficantes además de las de Cassidy y Burkner. Y que desde luego tú eras un eslabón de ella.

Sally sacudió la rubia melena.

—Es tarde y tienes que hacer un largo viaje, Ella. Será mejor que empieces a preguntar si deseas llevar te todas las respuestas.

La detective asintió lentamente.

—¿Era Danny Cassidy un hombre de paja?

—Exactamente —respondió sonriendo Sally—. Debía limitarse a obedecer escuetamente mis órdenes. Su puesto ha sido ocupado ahora por Donald y todo volverá a funcionar como antes.

—¿Por qué poner el paquete de cocaína en la guantera del coche de Tommy?

—Ése fue el primer error de Danny. Le dije que había que buscar la manera de eliminar a la competencia refiriéndome a Burkner. Cassidy tomó la iniciativa y quiso complicar al chico para que la policía llegara al padre a través de él.

—Pero eso era absurdo. Y más teniendo en cuenta tu relación con él, Sally.

—En efecto. Hasta un tonto lo comprendería. Pero a Danny se le ofuscó el cerebro o interpretó mal mi sugerencia al verme siempre acompañada de Tommy. También es posible que sintiera celos el muy estúpido.

—El contacto con Tommy Burkner lo buscaste tú, ¿no?

—Aciertas otra vez, pelirroja. Necesitaba estar al corriente de los pasos de su padre. El imbécil de Cassidy lo estropeó.

—Y Tommy se sacrificó voluntariamente al creerte culpable.

Sally sonrió componiendo una mueca.

—Te confieso que ha llegado a enternecerme un poco. Tommy es un pobre diablo.

Las pupilas de Ella fulguraron.

—Tommy es un ser humano que vale infinitamente más que tú, Sally. En estos tiempos es difícil encontrar a una persona dispuesta a sacrificarse porque aún cree en el amor.

—Eso son sensiblerías baratas, pelirroja. Y te advierto que se te agota el tiempo.

—Ya acabo. ¿De quién partió la orden de ametrallarnos cuando abandonamos tu domicilio?

—Otro error de Cassidy. El que más te ha hecho sospechar de mí, ¿no es cierto?

—Hasta cierto punto, Sally. Igualmente influyó mucho tu exagerado miedo a Cassidy, cuando según Burker nada tenías que ver con él. Reconozco que eres una buena actriz, pero exageraste la nota, rubia. ¿Por qué deseó matarme Cassidy?

—Tenía bajo vigilancia a Burker y lo informaron de tu visita. Luego, al ver que venías a verme a mí sacó sus propias conclusiones y decidió acabar contigo.

—Y ésa fue la gota de agua que determinó su eliminación como jefe visible de la banda, ¿no?

—Danny se equivocaba con demasiada frecuencia últimamente.

—Comprendo —dijo Ella y desvió la mirada a Crane—. Donald se encargó de poner el veneno en su copa.

Donald Crane empalideció.

—No respondas a eso, Sally.

La rubia rió confiada. Haciendo un gesto desdeñoso, dijo:

—¿Qué puede importarnos, Donald? Mañana aparecerá su cuerpo en la bahía y no podrá repetir a nadie lo que sabe.

—A pesar de eso.

Ella los miró a ambos y dejó escapar una risita suave.

—Mi cuerpo no aparecerá en la bahía, Sally. Podéis entrar, chicos.

Apenas terminar de hablar Ella la puerta del apartamento de Sally saltó convertida en astillas, arrancada de sus goznes por el violento impacto de los hombros de Harry y Troy.

CAPÍTULO XI

Donald Crane había guardado la automática porque consideró que no necesitaba tenerla empuñada frente a una mujer desarmada.

Ahora llevó la diestra a la axila frenéticamente.

Harry Haines llegó a su lado antes de que lograra sacarla y le clavó la cabeza en la boca del estómago estrellándolo violentamente contra un mueble biblioteca. Las maderas se quebraron y los libros volaron por los aires desparramándose en el suelo.

También, se desparramó Donald Crane boqueando ansioso.

El mastodonte llamado Leo ni siquiera intentó sacar su arma. Sabía que le sobraba con sus puños contra unos tipos que no empuñaban pistolas, y se movió en dirección a Troy.

El joven fue más rápido y le largó un derechazo.

Leo ni siquiera pestañeó encajando el golpe como si se tratara del aletazo de un gorrión.

Troy arrugó el ceño perplejo ya que su puñetazo tuvo la suficiente contundencia como para derribar un tabique. Viendo que las enormes manazas de Leo se le aproximaban al cuello, gimió:

—¡Que viene, Lupe!

Mendoza venía a la carrera y se tiró en zambullida sobre el abdomen de Leo. Se hizo un daño tremendo en la cabeza y salió despedido rodando por el suelo.

El gigante ni se enteró.

Harry entretanto se las entendía con el otro fulano. Viendo los apuros de Troy, le gritó:

—¡Mira lo que hago con éste, Troy!

Y disparó la zurda como un meteoro.

El otro grandullón le bloqueó el puño y retorciéndole el brazo lo hizo aullar al tiempo que lo situaba de espaldas. A continuación le

propinó un patadón en los cuartos traseros haciéndolo caer de bruces a un par de metros de distancia.

Las zarpas de Leo casi rozaban la garganta de Troy cuando éste se dejó caer eludiéndolas.

Las manos se cerraron en el aire y desde el suelo contestó Troy a su amigo:

—No me has convencido, Harry.

Mendoza se incorporó y buscó algo contundente a su alrededor con intención de esgrimirlo contra aquellas moles humanas que se quedaban impávidas a los golpes.

Cogió una silla por el respaldo y la estrelló en el suelo haciéndola añicos. Entre los restos eligió un palo de unos cuarenta centímetros de diámetro y empuñó uno de los extremos con ambas manos como si fuera un bateador de béisbol.

Troy gateó por el suelo huyendo del gigantesco Leo.

Mendoza se le acercó por el lateral y cuando lo tuvo a la distancia adecuada golpeó con todas sus fuerzas en el cuello de la mole de carne. El palo de la silla se le partió en dos, pero esta vez sí logró que Leo se Tambaleara acusando el tremendo golpe.

—¡Ya es mío, Troy!

Se lanzó al ataque, pero Leo lo recibió increíblemente con un zarpazo que lo arrojó dando vueltas sobre su amigo.

Troy imprecó una maldición.

—¿Por qué lo has soltado, Lupe?

—¡Lupe, tu padre!

—¿Vamos a ponernos a discutir ahora, infier...? ¡Que viene, Lupe!

Mendoza y Troy corrieron a cuatro patas alejándose apresuradamente del invencible Leo.

Mientras, Harry quiso ponerse de pie y se dio cuenta de que el tipo que le había tocado en suerte se inclinaba sobre él intentando cogerlo de la pechera.

Disparó ambas piernas y estrelló los dos zapatos en el sitio que más podía dolerle al otro; la entrepierna.

El doble patadón surtió efecto.

Inmediatamente el individuo se puso a bailotear pegando alaridos. Se sujetaba con ambas manos el lugar dolorido y Harry aprovechó la ocasión para incorporarse.

Quiso atraparlo por los cabellos, pero sólo consiguió hacerle cosquillas en el cráneo ya que su antagonista era completamente calvo. No se desanimó y levantó la rodilla estrellándola en pleno rostro del energúmeno.

Enseguida pensó en una operación de menisco.

Los huesos de su rodilla habían crujido de forma escalofriante.

Pero respiró satisfecho porque vio que el otro se desplomaba con los ojos en blanco y hasta las paredes retemblaron al caer el pesado cuerpo al suelo.

—¡Ya está! —exclamó alborozado.

Mendoza le dirigió una mirada en tanto huía.

—¿Qué es lo que está?

—La rodilla lista para el quirófano.

Leo atrapó a Troy por un tobillo y el joven cocéó con la otra pierna intentando librarse de la férrea tenaza que le estaba pulverizando sin misericordia el pie.

—¡A mí los amigos! —chilló.

Donald Crane comenzó a levantarse con movimientos inseguros y para ello se aferraba a la biblioteca.

Harry se llegó renqueando Junto a él y le sacudió un mazazo en la nuca dejándolo otra vez fuera de combate. Después levantó los hombros dirigiéndose a Troy.

—Es todo lo que puedo hacer por ti, Troy.

—¿Y a mí qué me importa ése? —masculló Shannon—. El que rae está convirtiendo el tobillo en fosfatina es éste. ¡Pégale, Harry!

—No he traído el bazooka, Troy.

Mendoza decidió acudir en ayuda de Troy y se levantó cargando contra Leo desesperadamente. Conectó el hombro en; el amplio tórax del gigante, y por lo menos logró que soltara el tobillo de Troy.

—Voy a tener que usar muleta toda mi vida —se quejó Shannon sentado en el suelo y tocándose con inusitado mimo el tobillo que se le había quedado mucho más pequeño que, el otro—. Jamás debí abandonar la infantería de marina.

Mendoza estaba siendo levantado en el aire por Leo como si fuera una pluma.

Lo sujetaba por la cintura y en un: momento dado vislumbró el chicano la posibilidad de salir airoso del trance antes de que Leo lo

pusiera en vuelo sin motor. Tenía la garganta del mastodonte a tiro de puntera de zapato y no lo dudó.

Disparó un puntapié impresionante.

La enorme nuez de Adán de Leo se quedó convertida en un minúsculo hueso de aceituna y por lo rojo que se le puso el semblante comprendió Mendoza que se estaba ahogando.

No le permitió rehacerse.

Comenzó a machacarle el hígado con fuertes derechazos sin importarle si acababa de ahogarse o no.

Leo se fue arrugando lentamente y finalmente quedó tendido de bruces privado del conocimiento.

Mendoza resolló entrecortadamente.

—Hemos vencido, compadres.

Pero la voz de Sally Leigh lo contradijo:

—¿Tú crees?

La rubia estaba apuntando a Ella con una pistola.

—Al menor movimiento que hagáis me la llevo por delante —advirtió en tono gélido—. ¿Habéis comprendido?

Mendoza soltó un gruñido.

—No hay derecho, jefa. Nosotros nos batimos el cobre como jabatos y resulta que te dejas atrapar como una parvulilla.

—Estoy desarmada y Sally me ha tenido encañonada desde el principio de la lucha, Mendoza. Lo siento.

La rubia miró interesada a Ella.

—Ahora soy yo la intrigada, pelirroja. ¿Cómo pudieron entrar tan a tiempo tus chicos?

Ella compuso un gesto de desaliento y señaló un aparato parecido al estetoscopio de un médico, que Mendoza había dejado junto a la puerta al entrar.

—Con eso se puede escuchar a través de la madera.

—Comprendo —asintió Sally—. Lástima que no os sirviera de nada. En cuanto mis hombres se recuperen iréis a parar a la bahía.

CAPÍTULO XII

Apenas se habían despegado de la acera los dos vehículos cuando en el extremo de la calle apareció un coche patrulla de la policía haciendo ulular ruidosamente la sirena. Algún vecino alarmado por el estruendo les dio seguramente el aviso.

Conduciendo el «Ford» familiar pensaba Mendoza que nada podía hacer para salir del atolladero en que estaban metidos. A su lado, con las manos ligadas a la espalda se hallaban Harry y Troy.

Rodaban en dirección al puerto.

En el asiento posterior tomaban asiento Donald Crane y el otro fulano que se llamaba Larson.

Ella, Sally y Leo viajaban en el auto que los precedía.

Mendoza meditó en realizar una acción desesperada porque sabía cuál iba a ser el destino de los cuatro. Pero las palabras de Sally Leigh fueron suficiente claras cuando subió al coche en compañía de Ella y el mastodonte Leo.

—Cualquier movimiento extraño en la forma de conducir y le meto una bala en el cerebro a vuestra amiguita —había dicho dirigiéndose al chicano—. Estás advertido.

Por eso nada podía hacer Mendoza.

No obstante inició la charla con los de atrás:

—Eh, os habéis olvidado de algo, amigos.

Donald Crane torció el gesto.

—Ya verás cómo te equivocas, muchacho. Cuando tengas el ancla atada al cuello lo comprenderás.

—A eso me refería. Todo condenado a muerte tiene derecho a que se le conceda un gustazo último.

—No me digas.

—Está escrito en muchas partes.

Nosotros no hemos tenido mucho tiempo para leer —bromeó Crane—. Nunca pensé que mi incultura pudiera perjudicar a un semejante.

El chicano apretó los maxilares.

—Eres un hijo de perra, Crane.

El insultado le metió a Mendoza el cañón de la automática por una oreja.

—Sigue hablando y te salvarás de morir ahogado, muchacho. Tu cuerpo estará muerto cuando se lo trague el agua.

Mendoza rió siniestro.

—Anda, dispara ahora, Crane.

—No tientes a la suerte, compadre —le dijo Harry—. Este fulano nos odia por la zurra que le dimos y es capaz de todo.

—No se atreverá a disparar, Harry —aseguró el chicano—. Con un pequeño movimiento del volante puedo estrellar el morro del coche en una farola. Si de todas formas vamos a morir...

—¿Te has olvidado de vuestra jefa, mexicano? —sonrió Crane seguro de sí mismo—. Sally dijo lo que le ocurriría.

—Eso es verdad —sacudió la cabeza Harry—. Nada de hacer tonterías, ¿estamos?

Mendoza no se mostró demasiado convencido de la forma en que actuaría. De todas maneras a ella le esperaba la misma suerte que a ellos.

* * *

Los dos coches se detuvieron junto a la pasarela de un yate.

A punta de pistola fueron obligados los tres ex infantes de marina a subir a bordo. Mendoza también fue atado con las manos atrás igual que Troy y Harry.

La oscuridad era total en torno al grupo.

Una vez se encontraron todos en la cubierta del yate ordenó Sally al llamado Larson:

—Traed las anclas.

Larson y Leo desaparecieron en el compartimiento inferior de la embarcación y minutos después regresaron portando cuatro pequeñas anclas de unos cuarenta kilos cada una. Suficiente peso para mantener a una persona con las manos ligadas bajo agua.

También venían provistos de cuerdas.

Lo dejaron todo en el suelo y a una indicación de Crane sujetaron entre los dos energúmenos a Guadalupe Mendoza. Le ataron el extremo de una de las cuerdas a las piernas y el otro fue anudado al orificio superior del ancla.

Harry dijo grave:

—Ten valor, compadre.

El chicano sonrió levantando los hombros.

—Los de mi raza no tememos demasiado a la muerte, Harry. Quizá es que estamos algo locos.

Crane crispó los labios en cruel sonrisa.

—Lo veremos cuando te veas volar en dirección al agua, sucio mexicano. Tu chillido nos ensordecera.

—Sería conveniente amordazarlos, Donald —intervino entonces Sally—. Aunque todo parece desierto, no quiero sorpresas desagradables a causa de los gritos que puedan proferir.

Leo sacó un sucio pañuelo del bolsillo y se dispuso a anudarlo rodeando la boca del chicano. Haciendo un gesto de repugnancia, dijo éste:

—Si me pones esa porquería en la boca me moriré, pero de asco, cerdo. Vamos, acabad ya que no pienso chillar.

Leo permaneció unos segundos indeciso y accedió Sally.

—Está bien. Adelante con él.

Larson puso el ancla sobre el vientre de Mendoza y lo cogió por las piernas. Leo se inclinó y lo sujetó por los sobacos. Con un solo movimiento lo arrojaron por encima de la borda sin el menor esfuerzo.

Mendoza cumplió su palabra de no gritar.

Todos pudieron escuchar el chapoteo de su cuerpo al hundirse en las negras aguas y los ojos de Ella llamaron de cólera.

—¡Asesinos...!

Sally hizo un gesto displicente.

—Considera que esto es un juego y os ha tocado perder, pelirroja. La vida es así.

—Un día pagaréis esto, canallas.

Sally hizo una señal a Crane.

—El siguiente, Donald.

Los dos mastodontes hicieron con Troy Shannon lo mismo que con Mendoza. Lo estaban atando, cuando masculló pálido el

semblante el joven:

—¿Por qué tenéis que matarme en la flor de la vida, miserables?

—Ya escuchaste a Sally, chico —gruñó Leo—. Las cosas son como son y nadie puede cambiarlas.

—Mi madre se llevará un disgusto tremendo.

—Qué pena. ¿Deseas que tapemos tu boca?

Con la palidez de la muerte en la cara denegó Tony sin despegar los labios.

Poco después seguía el camino de Mendoza hundiéndose en las aguas del puerto de San Francisco.

Crane comentó sardónico:

—Sólo son unos diez metros de profundidad. Alguno puede tener suerte y salir a flote.

Harry y Ella cambiaron una larga mirada y dijo con firmeza en la voz el ex marinero:

—En su día dije que esta profesión era peligrosa, hermana.

—No te preocupes por mí, Harry —respondió sin el menor temblor en la entonación Ella—. Un día u otro hemos de morir.

Prietos los maxilares siguió Harry:

—Me enardece morir de una forma tan estúpida.

Su hermana le dedicó una apagada sonrisa.

—La muerte siempre es estúpida, Harry.

Sally Leigh comentó irónica:

—Me estáis rompiendo el alma, hermanitos.

Ella la miró con infinito desprecio en la mirada.

—No tienes alma, Sally. Tu fachada es hermosa, pero tu interior huele a podrido.

La jefa de los contrabandistas hizo un ademán a Crane.

—Continuad, Donald. Y dejar a la pelirroja para la última. Deseo que vea cómo su hermanito se hunde en el agua.

Harry fue atado de manera idéntica a sus dos amigos y arrojado de la cubierta al agua por Larson y Leo. Al escuchar el chapoteo del cuerpo al sumergirse, apretó los labios Ella.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Resultaba un llanto patético en su silencio.

—Ahora te llegó el turno a ti, fisgona —anunció hiriente la rubia—. A lo mejor deseas que te amordacemos.

Ella no respondió.

Se limitó a mover la cabeza en sentido negativo.

—¿De verdad que no gritarás como una rata? —Siguió mordaz Sally—. Me parece que tú no tienes la entereza de tus gorilas.

—¡Acaba de una vez, perra!

Sally empalideció intensamente y sus facciones se endurecieron.

—Tú vas a morir más lentamente, pelirroja —silabeó peligrosamente—. Vamos a suspenderte de los pies y te iremos sumergiendo lentamente en el agua. Verás cómo acabas chillando como una endemoniada.

Leo y Larson se dirigieron a la pelirroja.

La estaban atando de los pies y murmuró el gigante Leo:

—Es una pena que una preciosidad como ésta tenga que acabar en el fondo del mar.

Larson dio una cabezada de aprobación.

—Menudo rato íbamos a pasar en su compañía, ¿eh, Leo?

En eso, sin que ninguno de los presentes lo advirtiera, los bustos de tres hombres comenzaron a asomar por el borde de la cubierta contraria. Empuñaban pistolas y el del centro, Norman Lewis, comentó risueño:

—Me opongo a que le deis un baño a la chica. Estoy seguro que no lo necesita.

Sally y Crane se revolvieron como picados por avispas.

Leo y Larson suspendieron la tarea y empezaron a incorporarse lentamente.

—Será mejor que no ofrezcan resistencia —siguió el teniente Lewis—. No dudaremos en disparar.

Pero su consejo fue desobedecido.

Los cuatro miembros de la banda comenzaron a moverse a increíble velocidad.

CAPÍTULO XIII

Donald Crane fue el primero en sacar el arma y saltó de costado al mismo tiempo que apretaba el gatillo.

Un balazo de Lewis lo alcanzó en pleno vuelo.

Cuando cayó unos metros más allá llevaba un plomo alojado en el pecho y pataleó en mortales estertores arañando la madera de la cubierta hasta que quedó inmóvil.

El mastodonte Leo corría bamboleante en dirección a los policías.

Cuatro balas consecutivas se clavaron en sus carnes sin lograr detener su carrera. La quinta, disparada por el teniente Lewis cuando apenas se encontraba a un par de metros de distancia, le destrozó la cabeza penetrando por las fosas nasales.

Leo todavía dio un paso antes de desplomarse y caer estrepitosamente al suelo, que crujió bajo su enorme anatomía. Quiso levantarse aún a pesar de tener la cabeza convertida en un amasijo sanguinolento, pero era ya debido a su extraordinaria vitalidad.

No lo consiguió y se derrumbó definitivamente.

Larson comprendió que llevaba las de perder y quiso huir saltando por lo alto de la borda al agua.

A mitad de camino recibió un balazo bajo el omoplato derecho.

Sally levantó despacio los brazos con el rostro convertido en una máscara pálida y contraída por el odio que la dominaba. Había dejado caer la pistola al suelo de la embarcación.

Ella permanecía paralizada por la sorpresa y el dolor.

Uno de los hombres de Lewis corrió a la borda por donde había saltado Larson y girándose al teniente que ya se aproximaba a la pelirroja, gritó:

—Ése tendrá que ser pescado o se ahogará, teniente.

—Que lo hagan los de abajo, John.

—De acuerdo.

Mientras su otro compañero se hacía cargo de Sally Leigh, el teniente Norman Lewis puso las manos sobre los hombros de Ella.

—He llegado a tiempo, ¿eh, lianta?

La chica levantó hacia él los ojos brillantes de lágrimas.

—Ellos, ellos... han muerto, Norman.

Lewis arrugó el ceño.

—¿Quiénes han muerto, querida?

La detective compuso una mueca de dolor sacudiendo la cabeza.

—Oh, Norman —dijo conteniendo a duras penas un sollozo que pugnaba por salir de su garganta—. Harry, Troy y Mendoza han... sufrido una espantosa muerte.

—Espero que eso les haya servido de lección.

Ella levantó vivamente la cabeza mirándolo atónita. Cuando pudo salir de su asombro, murmuró:

—Te... estoy diciendo la verdad.

—Me consta, nena.

De repente comenzó la pelirroja a golpear con los puños cerrados el torso del policía.

—¡Eres un ser monstruoso! ¡Te odio...!

Norman Lewis tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para conseguir atraparla entre sus brazos. Cuando lo hubo logrado se inclinó sobre ella y la besó en la boca.

Tuvo que retirarse a tiempo de eludir un mordisco de la chica.

—Eh, cuidado que has podido hacerme daño, caray. Después de que he podido salvaros a todos.

—¡Te odio, te odio, Norman! ¡Jamás consentiré...!

De pronto se interrumpió Ella porque las palabras del teniente habían penetrado en su mente.

—¿Qué es lo que has dicho, Norman?

—Tranquila, cariño —dijo despacio el teniente—. Solamente he pretendido daros una lección.

—¡Repítelo!

—Tus gorilas están vivos, aunque han sufrido un susto de muerte, mi amor —explicó con naturalidad Lewis—. Dos de mis agentes con trajes de hombres ranas los estaban esperando en el

agua y los iban liberando conforme caían.

—Pero ¿cómo has podido...?

—El chico de Burkner confesó que Sally Leigh frecuentaba este yate y destaqué a dos hombres ranas para que subieran a él por el agua y lo registraran a fondo. Por otra parte tenía bajo vigilancia a tus gorilas y os estuvimos siguiendo desde el momento en que Harry, Troy y Mendoza entraron en el domicilio de Sally. Luego vi que os traían en dirección al puerto y supuse lo que proyectaban. Decidí dejar que os dieran el susto padre para que así aprendierais bien la lección. No se debe jugar a policía sin serlo, Ella.

La muchacha levantó una confusa mirada al rostro de Norman.

—No sé si... odiarte, o comerte a besos.

El joven hizo un vago ademán.

—Si mi opinión vale de algo deberías hacer lo segundo, querida.

Por uno de los lados de la cabina del yate aparecieron Harry, Mendoza y Troy. Los tres venían chorreando, pero riendo, aunque de una forma un tanto nerviosa.

Ella se abrazó impulsiva a Norman y comenzó a besarlo.

Minutos más tarde, camino de la División de Narcóticos, informó Lewis a Ella de varios asuntos.

Entre ellos que habían sido detenidos Theo Lawce y Morton Turner cuando pretendían abandonar la ciudad. Los dos pistoleros de confianza de Danny Cassidy sabían el peligro que corrían después de la muerte de su jefe.

CAPÍTULO XIV

En el despacho oficial del teniente Norman Lewis, éste tenía entre sus brazos a Ella Haines y la besaba de forma apasionada. La chica correspondía ávida de las caricias de él.

Durante un momento se separaron y dijo Lewis.

—Hemos quedado en que dejas la profesión de detective privado, ¿eh, cariño?

—Sí, Norman. Después de cobrar los diez mil dólares que me debe George Burker.

—No hace falta que vayas a buscarlos.

—Pero...

—Burker me los envió con el encargo de que te los entregara. Ha decidido marcharse por ahora de San Francisco. Lo acompaña su hijo Tommy y dejó un mensaje para ti.

—¿Sí?

—Dijo que a un hijo se le debe dar algo más que dinero. Que tenías razón tú. ¿Lo entiendes?

Ella movió afirmativamente la cabeza sintiéndose dichosa.

Y en eso sintieron ambos un carraspeo en la puerta.

Norman Lewis soltó a Ella y se giró contemplando a Harry, Mendoza y Troy plantados en la entrada.

—¿Qué hacéis ahí? —inquirió ceñudo—. Nadie os autorizó a entrar en mi despacho.

Guadalupe Mendoza se cuadró al estilo militar.

—A sus órdenes, mi teniente —dijo erguida la cabeza—. Hemos venido a comunicarle que es usted un tipo formidable.

—Y que nunca más le daremos problemas —continuó Shannon cuadrado al igual que el chicano y Harry—. Hemos comprendido que usted tenía toda la razón del mundo.

Lewis se pasó la mano por el mentón.

—Sí, ¿eh?

Ahora le tocó hablar a Harry.

—Haremos siempre lo que tú ordenes, cuñado.

—¿Cómo dices?

—He querido decir..., mi teniente. Seremos fieles y mansos corderitos obedeciendo las órdenes de nuestro pastor. Y hemos votado por unanimidad que tú seas el pastor que nos guíe.

Ella contempló a sus tres amigos.

Lewis la observó unos instantes y a continuación se volvió de nuevo a los ex marines.

—Está bien. Mi primera orden es que salgáis como centellas de aquí.

Los tres obedecieron a la carrera y ya cruzaba Harry el umbral, cuando llamó el teniente:

—Harry...

—Sí, mi teniente.

—Desde ahora quedas autorizado a llamarme cuñado.

Harry le guiñó el ojo antes de salir y sonrió abiertamente.

—Gracias, cuñado.

Al quedar solo continuaron besándose Norman y Ella.

Por el pasillo que llevaba a la salida del edificio, iba murmurando el chicano Mendoza:

—Mira que emparentar con un polizonte... Valiente porquería de fulano estás hecho, Harry.

Su amigo cerró el puño y lo miró hosco.

—¿A qué te rompo los morros, Lupe?

FIN

Seudónimo con el que escribe el autor Juan Mora Gutiérrez.